

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

COLEGIO DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

EL MIEDO UNIVERSAL

TRABAJO RECEPCIONAL:

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN CREACIÓN LITERARIA

P R E S E N T A :

ULISES LUJÁN RODRÍGUEZ

DIRECTORA

MTRA. HERMINA PILAR MORALES LARA

Ciudad de México, febrero de 2018.

SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

DERECHOS RESERVADOS ©

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

Índice

| | |
|--|------------|
| La testigo..... | 03 |
| Lazos de sangre..... | 06 |
| Flor de barrio..... | 13 |
| Al interior del chubasco..... | 19 |
| Un relámpago cautivo..... | 27 |
| Cruzando los umbrales..... | 36 |
| El miedo universal..... | 43 |
| Nívea ruptura..... | 53 |
| Pan francés..... | 62 |
| Los días sin tumba..... | 75 |
| Epistolario (aproximación al cuento a modo de poética)..... | 88 |
| Bibliografía citada..... | 117 |
| Bibliografía consultada..... | 119 |

La testigo

Me apodaban la Nena por ser la más pequeña entre mis hermanas. Crecí en el ámbito de las grandes fiestas, entre los danzones kilométricos de navidad o fin de año, rodeada de borrachos, tíos y compadres, bailongo y recalentados.

En una ocasión, tía Ángela, hermana de mi madre, fue la anfitriona de uno de estos pachangones; lo que resultaba increíble, debido a su reciente condición de viuda. Jamás conocí al tío occiso, sólo sabía que su nombre era Marón y que su cuerpo jamás fue hallado.

Aquella noche todos los chamacos jugábamos en el patio a las escondidillas y le tocaba contar a mi primo mayor, el Siro. Cuando cada uno de nosotros corrió a buscar el escondite ideal, yo me metí a la casa, aunque supiera que eso era hacer trampa. Esquivando el bosque de piernas que bailaban a lo largo de la sala, llegué a la mesa donde mis padres conversaban con la parentela, rostros fieros entre los que destacaban los rasgos de mi padre, quien por ese entonces era un vago, alguien que pocas veces se encontraba en casa, pero que cuando aparecía, nos colmaba de historias inquietantes. Aquella ocasión relataba algo acerca de una persecución en Phoenix, Arizona, la cual había terminado con un tráiler lleno de indocumentados asfixiados. Yo me subí en sus piernas, quería escucharle, sin perder algún detalle que impidiera formularme una versión fija de los acontecimientos; él ni siquiera volteó a verme, continuó sumergido en el trance que mediaba sobre la mesa. De pronto mamá me reprendió, diciéndome mientras me apretaba el brazo:

—Salte a jugar, Nena. No debes escuchar la charla de los adultos, siempre te lo hemos advertido.

Despacio, descendí de las piernas de mi padre como si me deslizara por una resbaladilla y volví a internarme en el bosque de piernas danzarinas. Recordé que tenía que encontrar un escondite, el sitio ideal no tardó en aparecer frente a mis ojos. La habitación de tía Ángela era oscura, fresca, debido a que ni siquiera durante el día le pegaba el sol. Me metí debajo de la cama, ahí permanecí quietecita un largo rato. Luego escuché la puerta de la habitación abriéndose despacio y, creyendo que se trataba de Siro, me encogí de rodillas, intentando respirar sin agitarme. En poco tiempo descubrí (gracias a la luz proveniente de la sala) que se trataba de una mujer con zapatillas negras, idénticas a las que yo solía ponerme cuando mamá no estaba en casa.

Alguien encendió la luz del cuarto. Poco a poco la risa fue apoderándose de mí, como si al jugar escondidillastambién estuviera cometiendo unaverdadera travesura.

—Ya vine —dijo la voz de mi madre.

Asomé la cabeza por el filo del colchón para ver a quién se dirigía, mas no logré distinguir sino una silueta detrás de las persianas, a mi costado, desde donde se filtraba un tenue silbido proveniente de la calle. De pronto, ante la maravilla de mis ojos, vi a mi madre caminar hacia la ventana y abrazarse a aquella oscuridadamorfa, mientras se levantaba la falda, dejando al descubierto sus piernas. Yo no oía más que la música que venía desde afuera, se trataba de los sonos de La Matancera. Entonces mi madre, siempre afecta a bailar, comenzó a menearse al compás de la banda, abrazada a aquel cuerpo inflexible, que poco a poco fue animándose, adoptando la postura de las parejas cuando bailan. Yo estaba estupefacta, no sabía realmente cómo interpretar aquello.

Lo peor vino instantes después, cuando mi madre arrastró hasta la cama a su acompañante, llevaba la falda a mitad de los glúteos, sus bocas chasqueaban besos y bufidos. Ella de pronto dijo jadeante, como si estuviera enojada:

—Ay, Marón, mi Marón, sino fuera por, si no fuera por...

Al escuchar estas palabras me estremecí. No supe cómo logré salir de mi escondite, pero debió tratarse de un salto despavorido que borró cuanta memoria de aquella época pude disfrutar. Sin parar de correr, llegué de nuevo hasta el comedor, crucé el bosque de piernas y no me di cuenta cuando trepé a las de mi padre, quien continuaba describiendo la misma escena del tráiler, frente a aquellos rostros inexpresivos.

Luego volteé y era inaudito lo que veía: mi madre estaba sentada en su sitio, no parecía haberse movido en ningún momento, llevaba puesta la misma falda negra, las mismas zapatillas negras, fijando toda su atención en mi padre, sonreía. Ella me miró y dijo, apretándome aún más fuerte el brazo:

—Salte a jugar, Nena. No debes escuchar la charla de los adultos, siempre te lo hemos advertido.

Lazos de sangre

Con la luminiscencia blanca filtrándose por las cortinas, dos cuerpos desnudos, tumbados uno frente al otro, parecían camuflados entre las sábanas revueltas. La mirada de ella posada en el techo, muy por arriba de su compañero, entregó su total atención al nuevo vínculo de experiencias suscitadas. Él, sin normalizar aún la respiración, extrajo, como de un cálido y angosto anillo, su pene ensangrentado. Los quejidos de su compañera rebelaban dolor. Él formuló una pregunta tonta en la mente. Ella insinuaba el llanto, clavándole las uñas en la espalda. Las suaves piernas de la muchacha se aferraron al cuerpo que las abandonaba, queriendo recuperar el único signo de pureza que hasta entonces poseyeran. El tremendo peso se le quitó de encima, cuando la cama rechinó.

—Vete, no quiero verte otra vez—dijo la voz hostil del hombre, sus labios parecían no haberse movido. Ella, conquistada a través de la penumbra, encontró sus pantaletas no muy abajo de los tobillos, también cerca de ahí estaba su falda a cuadros. Caminó hasta la puerta con lostenis en mano. Miró de nuevo hacia la cama. El hombre, a pesar de su tamaño, ya no se veía.

—¿Puedo venir mañana al salir de la escuela? —inquirió ella, abriendo el portal.

—No.

La luminiscencia del exterior corrompió la noche. Una tenue ráfaga de viento volvió a hacer ruido. La sombra de la muchacha desapareció en cuestión de segundos, mas no así su aroma, idéntico al que despiden los colorantes para el cabello.

A primera hora, Oziel afiló sus cuchillos, valiéndose de una chaira giratoria adaptada al pórtico de su cabaña, dotada con una manivela. A lo lejos, entre la penumbra

azul y el humo del cigarro rosándole las mejillas, vio aparecer a su hijo. Caminaba de prisa, con la pesadez que provocan las pendientes cuando son altas. Levantó la mano extendiendo los cinco dedos, en forma de saludo. Las gallinas calvas picoteaban bajo los primeros influjos matinales, que de vez en cuando hacían brotar lombrices desde lo profundo del lodo.

—¿Apá, tiene usted un momento?

—Puede que más tarde, ahorita voy al trabajo.

—Es Indira. No quiere acostarse conmigo, dice que todavía es muy pronto.

El constante fileteo del acero contra la chaira, se interrumpió de súbito. El matarife proyectó el cigarro aún encendido sobre un charco mohoso. Guardó las navajas sin probar el filo siquiera. Cerró la cabaña y avanzó tranquilamente hacia su hijo.

—Las mujeres también necesitan acostumbrarse a la intimidad, cuantimás recién casadas. Eso será algo que aprenderás con el tiempo.

—Se me hace raro —dijo el muchacho, que compartía el nombre de pila con su padre—, incluso la noche de miel no quiso dormir conmigo. Llevamos dos meses sin hablarnos. Tal parece que no existo para ella. Si no está haciendo tareas escolares, está preocupada por la comida, lavando ropa ajena o realizando cualquier tipo de faena con tal de distraerse. Estando ya en la cama le pido lo que quiero y se hace la dormida, dizque muy cansada.

Al descender por el terregoso sendero, padre e hijo iban entregados a la pendiente, la inercia los emparejaba hombro con hombro, mirándose de vez en cuando, para no insinuar lo que cada uno traía en mente. Los camiones de carga subían hacia las minas y desde las cajoneras: cascos amarillos escondían los perfiles de los jornaleros, meneándose con el zangoloteo del camino. Las piedras bajo las llantas reventaban. Más abajo

aparecieron ocho enormes bóvedas de fibra de vidrio, desde donde se distinguían los corrales al tope de puercos.

—Tal vez no quiere darme nietos —esto, Oziel padre, lo dijo como para sí mismo, esperando que el oído de su hijo estuviera más atento a los bramidos de los animales.

—Todo me parece raro, apá: ella, cuando éramos novios, aseguraba que al casarnos lo primero que haría sería embarazarse. Ahora no quiere. Seguido me voy de briago, me voy con otras mujeres. Y aunque no le soy infiel, ni de pensamiento siquiera, a Indira parece no importarle.

Oziel junior miró en el enrejado una placa luminosa que decía: “Acceso sólo a personal autorizado”. Habían caminado hasta las inmediaciones del matadero sin darse cuenta. Su padre lo tomó de los brazos, lo apretó contra su pecho, como queriendo regresarlo al mundo tangible de las emociones, más allá de improvisar un infalible consejo de hombre a hombre.

—Me pone los cuernos, ahora lo sé —expresó el hijo estrechándose al robusto cuerpo de su padre, estrujando su camisa, percibiendo el leve olor a tinte para el cabello.

El primer puerco emergió de la oscuridad del túnel. No lo vio venir. Fue como un costal desprovisto de vida, a pesar del constante pataleo que aún daba a lo largo de los rieles. Ahora, la maquinaria le presentaba aquel cuerpo desnudo como cualquier rutina por llevar acabo. Miró a los ojos al animal y lo primero que se le vino a la mente fue la instrucción del jifero superior, asimilada desde el primer día de trabajo: *No los mires a la cara*. Para entonces, dicho consejo pareció perder todo sentido. Agarró con firmeza el mango del primer cuchillo y lo proyectó contra la dura carne, para que el animal dejase de patalear; luego, amacizó el segundo cuchillo, hundiéndoselo entre garganta y pecho; giró la

muñeca, como si intentase abrir una llave; sintió cómo la sangre caliente golpeaba sus botas de hule. Recordó los ojos de Indira bajo el resplandor de la luna, diciéndole: *Oziel, no me dejes.*

Vomitó en medio de la sangre drenada. El segundo marrano salió con más velocidad del túnel; éste no lo contuvo al primer golpe, sino que lo atajó con el segundo cuchillo sin darle tiempo de degollarlo. Entonces los rieles se detuvieron. Y los gritos del jifero superiorino se hicieron esperar, confundándose con los atragantados chillidos.

—¡Ora qué, pinche matarife! Dales con ganas. Que no sufran, cabrón —se escuchó otra voz, riñéndole dese arriba, desde el cajón de aturdimiento.

No tardaron en echar andar los rieles. El tercero, el cuarto, el quinto, todos los puercos llegaron vivos hasta las tinas donde los hervían. Oziel miró sus manos, verdaderamente temblaban. Aspiró una prolongada bocanada de aire mientras los rieles se volvían a detener. Según su reloj bilógico había un retraso de diez minutos entre sus manos y la producción. Esta vez los rieles no siguieron avanzando. Bajó el inspector en persona.

—Debo tener lista esta carne para las nueve de la mañana. Tu ineptitud nos retrasa.

El matarife no podía sostenerle la mirada. Sus botas de hule manchadas con sangre inlavable le hicieron pensar en todo ese tiempo trabajado ahí, siempre esperando a sus víctimas al final del túnel. Un estruendoso chiflido del inspector exigía la presencia del más joven de los matarifes, venido desde el pabellón “B”, sediento de ver morir fuera lo que fuese. El joven era más corpulento y brioso que Oziel.

Al salir de entre las cortinas de hule viscosas, deambuló por los alrededores del matadero sin que ninguno de sus compañeros se despidiera de él. El olor a muerte trascendía más aquel mediodía, o por lo menos así le pareció, tanto que debió taparse las narices para no volver a vomitar. La jornada había concluido en una falla operativa sin

precedentes: el joven proveniente del pabellón “B”, había dejado cinco marranos vivos a las 9:16, hora en que los camiones debían ser estibados. El departamento de desinfección también había sufrido sus percances, pues cada animal vivo representaba para ellos una especie de siniestro deber que no podían enfrentar con el lanzallamas. Por si fuera poco, a uno de los camiones le fallaba el equipo de enfriamiento. Toda la carne de un lote se echó a perder.

Oziel llegó a su cabaña con dos horas de anticipación. Cruzó el portal y en la cama descubrió a Indira, adoptando la misma posición con que la noche anterior perdiera su virginidad: la falda colegial apretada a las molduras de sus muslos traseros, tal y como ahora parecían brotar de las pantaletas blancas. Tragó saliva y empujó a la muchacha sobre la cama. Observó la docilidad de sus pechos sobresaliendo del escote, cada uno con los poros abiertos, erizados; sin demora comenzó a apretarlos, con sus manos violáceas. Transcurrieron poco menos de tres minutos cuando él eyaculó sobre su falda colegial.

—No quiero que me dejes, Oziel —pronunció la muchacha, recogiendo el semen con sus dedos, examinándolo con asombro.

Fue entonces cuando Oziel junior comenzó a chiflar desde afuera de la cabaña. Ambos lo vieron ascender por la pendiente de terracería, las gallinas iban abriéndole paso mientras picoteaban los alrededores. Ni siquiera había llegado a la puerta, cuando vio a su mujer salir corriendo, sin detenerse.

A la mañana siguiente todo había ido de mal en peor. El supervisor aseveró que Oziel tenía que beber sangre fresca para revitalizar sus energías debido al tremendo empuje requerido para matar 224 puercos en menos de dos horas. Esta vez había dejado 18 marranos vivos, con un retraso de 12 minutos sobre la marcha de producción. Al principio

no quiso beber aquello. El inspector en turno le dijo que si quería conservar su trabajo, era mejor que así lo hiciese.

Cuando le extendieron el balde ennegrecido, bebió hasta sentir la hemoglobina coagulada bajar por su garganta. Aunque pareciera extraño, el poder del remedio surtió efecto a los pocos minutos. Cuando salió rumbo a su cabaña, el matadero ya no olía a muerte, y sus amigos lo invitaron a tomar cervezas.

Durante los días que siguieron no volvió a sorprenderlo la visita de Indira, tampoco la de su hijo, en cambio, las moscas no se apartaban de él, fuera a donde fuera, estuviese donde estuviese, siempre lo rondaban con sus perturbadores zumbidos. Debido a esto, los parámetros de higiene le impedían el ingreso al matadero. Salvo cuando pasaba las pruebas de sanidad, Oziel entraba al pabellón “B” y recuperaba un poco la confianza en sus habilidades. A veces bebía hasta cuatro litros de sangre, incluso sustituyó la cerveza. Eso sí, nunca volvió a ser el mismo matarife de antes, por lo que lo degradaron, en intervalos semanales, hasta al pabellón “K”, donde su única función consistía en pelar pollos, introduciéndolos en calderos hirvientes con agua. Ahí ya no pudo beber más sangre, por lo que comenzó a perder peso y después el ánimo. Lo bueno fue que, al ya no beber tanta hemoglobina, las moscas fueron desapareciendo con el tiempo.

Una mañana, mientras se disponía a iniciar sus actividades, el jerife superior del pabellón “A” lo fue a visitar. Venía escoltado por dos oficiales de la policía municipal; traía en las manos un folder marrón, varias hojas tamaño oficio, un periódico y un bolígrafo de empuñadura dorada.

—Mi más sentido pésame, Oziel —le dijo el jerife, mostrándole la primera plana que decía:

Joven mata a esposa y se suicida.

Al principio, el matarife no asimiló el verdadero designio de aquella noticia, pareciéndole tan ajena y común como cualquier otra al caminar frente al puesto de periódicos. Miró a los gendarmes, uno de ellos le extendió la mano, quitándose la gorra.

—Si son sus familiares, acompáñenos al ministerio, señor. Tiene que recoger los cuerpos.

Flor de barrio

*¡Antorcha en las tinieblas, ella aparece y es el día!
¡Ella aparece y con su luz se iluminan las auroras!*

Las mil y una noches

Xochitl me invitó a su casa en nuestra primera cita. Con ningún familiar suyo me presentó. Sólo conocí el largo patio, el inmueble derruido, la fachada graffiteada y el zaguán oxidado de la entrada. En el interior, algunos inquilinos hacían sus labores cotidianas sin dar impresión de conocerse. Xochitl me había advertido que trabajaba en aquella vecindad y no podía descuidar su empleo, debido a dos motivos: el primero, que ella aportaba demasiado a la economía familiar solventándose sus propios gastos. El segundo, porque su familia le ofrecía todo lo necesario, y eso era, un lugar dónde comer y dormir diariamente.

Al salir al zaguán, pensé que iríamos a algún sitio cercano, mas no fue así. Ella compró dos caguamas y un paquete de cigarros en la tienda; yo no traía dinero, así que forjé un gallo para compensarlo. Nos sentamos frente a la vecindad, al ras de la banqueta y nos pusimos a ver cómo jugaban futbol los chavos de la cuadra, pateando un balón Voit casi liso. Acabábamos de sentarnos, cuando Xochitl dijo de repente:

—Estos cuates sí saben a lo que vienen...

Yo busqué a quiénes se refería, mas nadie se acercó al cabo de unos cinco minutos, los cuales me parecieron fugaces, tanto como nuestras conversaciones, a veces nerviosas, vacilantes, mezcladas entre preguntas y gustos compartidos. Dos chavos que ni siquiera nos miraron al pasar, siguieron de largo unos metros más adelante. Ella se les acercó en silencio, dándome la impresión de que iba flotando hacia ellos. Nunca les dirigió la palabra. Después regresó a mí.

—Son discretos —dijo Xochitl, mirándolos alejarse—, no vuelven hasta dentro de una semana.

Guardamos silencio, encendí el gallo y compartimos el primer aire de un roce de manos, una leve caricia tirada al reconocimiento íntimo, al pasado en ambrosía de sus sombras y mis dudas. Pensé que era mejor no hacerle preguntas acerca de su trabajo, preferí que no las contestara, debido a cierto temor de conocer la verdad. Aun así decidí pasar la noche a su lado, si eso significaba velar con ella, podíamos darnos unos besos, abrazarnos para aguantarle el frío a aquella madrugada sin estrellas.

Conocí a Xochitl la misma noche de mi primer madriza, nunca supe cómo; ella iba pasando por ahí cuando hilos de sangre fluían de mi rostro. En su silencio pude sentirme protegido. No he sentido tanta tranquilidad sino en sus brazos, por un momento creídesfallecer a causa de la alegría. Lo siguiente fue que amanecí en una clínica comunitaria, compartiendo asiento con un dializado, que no dejaba de hablar del funcionamiento de su sonda. No supe nada más de Xochitl, sino mucho después.

—Ahí viene otro —dijo, luego de empinarse la botella. Yo miré a los muchachos jugando futbol; habían anotado un gol y gritaban. Minutos más tarde apareció una señora de ropas roídas, que iba desprendiendo un olor a tierra húmeda tras su andar. Hizo lo mismo que los otros dos chicos: siguió caminando unas casas más adelante y esperó a que Xochitl la alcanzara.

Al regresar, Xochitl me besó en el cuello y se acurrucó repentinamente en mi regazo, como un pequeño murciélago buscando la oscuridad en el reposo. Yo me dejé asir, sintiéndome dichoso ante aquel nuevo cariño que intentaríadesde ese momento corresponder. También la abracé y apenas podía creerla así de real. Su cuerpo era menudito, fresco, olía muy bien. Pasaron quizá tres horas, ya no sé, sólo presentía la noche, su

respiración en mi cuello, sus murmullos; a veces riéndose sola, balbuceando para sus adentros.

La segunda ocasión que me crucé con Xochitl fue después de que unos cabrones que se identificaron como policías me asaltaran. Vestidos de civil, se bajaron de un Topaz negro sin placas, con vidrios polarizados; nos charolearon en plena jeta a mí y a otro carnal, el Drupa, quien se les puso al pedo y nos pagaron con un tirón de coscorrónes. Allá por la Bondonjo, donde nadie nos conocía, sin un quinto en los bolsillos, fuimos a dar a las afueras del metro a ver quién nos prestaba para un boleto. Entonces vi a Xochitl entrando a la estación. Agradecí lo mucho que significó para mí en esos momentos cualquier casualidad al encontrármela. Ella pagó los boletos y nos compartió de sus gorditas de nata.

Durante el camino, nos reímos de la coincidencia de encontrármela justo después de sucederme las situaciones más sacadas de onda. Fue cuando la invité a salir, un sábado de preferencia, le dije; los domingos no abrimos el taller. Ella aceptó de buena manera, incluso parecía emocionada. Eso sí, antes aclaró su situación laboral en casa. Luego apuntó su dirección en mi antebrazo y bajó en la estación Misterios. Nunca supe por qué iba sola aquella noche, hasta el otro lado de la ciudad.

—Ahí viene otro —dijo mientras nos estábamos besando. Abrí los ojos y ella daba la impresión de no haberlos cerrado nunca. Luego se levantó sin decir nada, fue a la tienda por otra cerveza, yo forjé el segundo gallo y al cabo de un rato, la noté distante, mirando el suelo, ensimismada. Le pregunté qué traía, si era yo el culpable de sus desplantes, cuando de repente gritó, dirigiéndose a los chavos de la cáscara:

—¡Atentos! —después, dirigiéndose a mí—: Y tú no hagas nada, ¿entendido?
¿Entendido?

Asentí con la cabeza, no faltaba más, todo había sido muy rápido hasta entonces. Miraba sus ojos de capullo enrojecidos. Los muchachos de la cáscara la oyeron, estoy seguro, pero a ninguno pareció importarle, continuaron pateando el balón. Después vi a contra-esquina acercarse a un señor en bicicleta, daba la finta de ser un velador. Xochitl lo miró atenta hasta descender del vehículo, nos pidió ochenta grapas. Ella le dijo que no había papel, que regresara luego. Entonces el señor comenzó a levantarle la voz, diciendo no sé qué cosas de la mercancía, asegurando que traía el dinero de la familia de Xochitl para que todos se lo metieran por el culo. Encolerizado, echó un vistazo a las botellas vacías de cerveza, como pretendiendo arrojárnoslas. Entonces ella se levantó, afrontándolo. Yo pensé que debía levantarme también, hacer algo aparte de fungir como simple espectador; pero más tardé en pensarlo, cuando la mano de ella se posó sobre mi hombro, estaba caliente, muy caliente, no sudaba. Arrastrado por una fuerza increíble, de un parpadeo, volví a quedar sentado frente al zaguán. Por un momento pensé que me había caído, pero cuando vi a Xochitl en enhiesta postura, advertí lo que había pasado. Entonces los chavos de la cáscara rodearon al señor. Ni él ni yo nos percatamos cuando eso sucedió. Uno de los muchachos se quitó la playera y no vaciló en lanzarle un puñetazo. El hombre se tambaleó y miró a Xochitl sobre el hombro, ella permanecía junto a mí, atenta a lo que pasaba. El señor maldijo de nuevo y como no pudo reaccionar cuando le metieron el segundo golpe, de inmediato le comenzaron a llover muchos más, provenientes de todos los flancos; la calle de pronto se convirtió en un pandemónium. Los muchachos enloquecieron al oírlo gritar que lo soltaran, que aguantaran el pedo, que con ellos no era el bisne. No sé si a eso se le pueda llamar enloquecer: eran como una jauría de perros devorándolo. Entonces recordé aquella primera vez que me golpearon, la situación me parecía tan semejante...dándome la impresión de reconocer a mis agresores. Uno de ellos sacó al señor

del círculo, cogido de los cabellos lo arrastró hasta la banquetta. No se oían sus lamentos. Xochitl no decía nada, observaba en cuclillas, la sangre esparcida a sus pies. Cuando aquel hombre volvió en sí y logró sentarse en la acera, después de varios tanteos, buscó su bicicleta, pero ésta tampoco estaba. Ni siquiera yo vi cuando se la robaron. No le quedó más que irse tembleque, embrutecido por los golpes, dejando rastros de sangre embarrados sobre las paredes y los árboles.

Sólo Xochitl sabía si aquel desgraciado iba más vivo que muerto. Me miró sentada desde el otro lado del zaguán; nos habíamos vuelto a desconocer. Me sentí hastiado de quedarme ahí, junto a ella. Los muchachos habían comenzado una nueva reta de futbol como si nada hubiera sucedido. Bromeaban entre ellos, incluso los más jóvenes hablaban de la bicicleta con entusiasmo. Increíblemente, siguieron pateando el balón, apenas lo había notado, ninguno se cansaba.

La afluencia de clientes aumentó conforme la noche.

Ya despuntaba el alba. Y yo me preguntaba qué estaba esperando para largarme de ese maldito lugar: ¿una palabra de Xochitl? ¿Alguna muestra de persuasión? ¿El prelude de su voz mandándome simplemente a la verga? Después de todo lo acontecido, de guardar tanto silencio, era mejor desaparecer de aquellas calles sin mirar hacia atrás. Olvidarlas, como si de pronto se hubiera descubierto un nuevo continente, como si nada tuviéramos Xochitl y yo en común sino la coincidencia de encontrarnos por la ciudad; pudo ser cualquiera, me dije, pudo ser cualquiera. Si ella hubiera leído mi mente habría sabido que iba a abandonarla, incluso en mis pensamientos intentaba ocultárselo; quizá siempre lo supo y por eso, al cabo de un prolongado silencio, miró el cielo azularse y con una sonrisa iluminándole el rostro, me dijo:

—Ahí viene el último cliente...

En ese instante,un baño de sol regó sus primeros rayos sobre el zaguán de la casa.Xochitl y su pandilla desaparecieron.

Al interior del chubasco

No era un buen día para olvidarla. Hasta el océano parecía estar en su contra, irguiendo desde el horizonte enormes olas plateadas que terminaban estampándose sobre las agudas rocas con una furia semejante a sus propias emociones. Una lluvia monótona caía, mezclándose con la brizna del oleaje y el sabor a sal, clima tan parecido al de aquella vez, cuando su relación con Lorenza terminó por naufragar, despidiéndose de mano a las afueras del hotel Araucarias, mientras ninguno de los dos lloraba.

Preferible era mojarse, antes de permanecer otro día encerrado en el hotel. Ascencio, por fin, había adquirido el valor de quedarse solo, por lo menos un día. Pero de rato en rato, lo poseía la ilusión malévola de recibir aunque fuera una llamada de Lorenza, bendita llamada, que mitigase su tormento y lo convenciese sin premura, con las maletas sin abrir, de regresar a la ciudad.

Desde siempre el mar fue para él un sueño. No ese mar violento, imagen vívida de su situación actual. Sabía bien que por el momento no podía hacer nada, ni contra las olas ni para motivar la llamada de Lorenza, por lo que terminó caminando con dirección al embarcadero, cruzando la división Dos Aguas, allí donde el salobre mar convive con la dulce afluencia del río.

Las golondrinas bajaban tanto que se le cruzaban por el camino, dando el aspecto de peces aéreos, navegando las tolvaneras humedecidas. Más arriba, las gaviotas se deslizaban a sus nidales, emitiendo convulsivos cantos de hambre. Cuando dejó atrás el muelle de piedras, se quitó las sandalias y, guiado por un sendero anegado, arribó hasta los embarcaderos. Algunas veces un pescador le ofrecía su lancha para llevarlo a visitar Las

islas enamoradas, El manglar del silencio, El refugio del pelícano o El rincón del pirata, pero él sólo se fijaba en aquellas llantas enmohecidas que rebotaban a la orilla entre el río y pavimento. No tardaron en aparecer los restaurantes y bares con techos de palma. Entró a uno y pidió un torito para recuperar el calor, pues al contrario de lo que esperaba, la lluvia de aquella tarde era gélida.

Comenzó a llegar más gente al establecimiento, en su mayoría vacacionistas. Después de tres toritos, intentó divisar la otra orilla del río, donde se perdían los malecones bordados con enanos platanares, invadidos de buganvilias. Al salir, el viento enfrió las gotas de su transpiración, a la par que el recuerdo de Lorenza lo sorprendía mirándola de frente, como si presintiese que, en aquellos momentos, ella pensaba en él. A media calle recordó que no había pagado la cuenta en el bar. Pero no le prestó importancia. Siguió adelante, en dirección contraria a la corriente del río, confundiendo entre la gente.

Un lancharo, abrigado con un impermeable amarillo, captó su atención y le redujo la tarifa del recorrido, aludiendo al clima como pretexto.

—Si el negocio no funciona —le dijo Ascencio, cuando el pescador se negó a venderle su impermeable—, vaya pensando en vender paraguas, amigo.

No hubiera dicho eso. Lo sabía. Esos no eran sus modales; los toritos habían surtido efecto. Continuó recorriendo el embarcadero, a ver en qué barcillo podía orinar y robar más tragos. No tardó en hallar uno, donde había tres costañas en una estancia, sentadas en una hamaca. Las mujeres, divertidas, lo invitaban a un cuartito oscuro, donde según le enseñarían un lagarto, a cambio de veinte pesos. Cuando Ascencio vio en el interior a un hombre robusto, sin playera y cuya cara no tenía facciones, echó a correr fuera del bar. Cruzó la calle y se metió en el local de enfrente. Había vacacionistas por doquier.

Al salir del baño, lo primero que le vino a la mente fueron las maletas que ya no traía consigo.

Los nubarrones plateados de la tarde se fueron oscureciendo conforme la noche caía prematura. Sólo hasta entonces los lugareños se percataron de que no había luz eléctrica, debido a la tormenta. Ascencio, inmerso en aquel ambiente familiar y de guasa, intentaba explicarse lo que había visto en el bar de las costeñas. Los vacacionistas, que como él, no querían permanecer encerrados en el hotel, hostería o posada, continuaban llegando a refugiarse debajo de los techos de palma, y a armar bullicio, mientras sus escuincles corrían por doquier.

Esta vez, quizá por miedo a ser descubierto, prefirió pagar anticipadamente los toritos, poniéndole el ojo a una joven morenita que mesereaba en el local. Sintió curiosidad por el acento que en ella parecía menos oriundo, esa actitud tan desenfadada de la costeña que rompía con el estereotipo de la mujer de ciudad. Se miraron un par de ocasiones y sonrieron. Minutos más tarde, al verlo ya borracho —observando la pantalla del celular, sin mensajes de Lorenza a la vista—, la muchacha le preguntó:

—¿Espera a alguien?

—Esperé por mucho tiempo a alguien, pero ya no existe —confesó él, discerniendo el redondo rostro de la joven, que insinuaba la presencia de acné. Tenía ojos rasgados y sonreía bajo la penumbra de las velas, porque al parecer Ascencio la había tomado de la mano.

—Me llamo Anayeli. ¿Y usted?

Él dijo su nombre, mientras su mano ascendía por el antebrazo de la muchacha, quien volvió a mostrarle los dientes blancos.

—¿Te han dicho que tu sonrisa esplende?

Anayeli se levantó. Fue a la otra mesa y recogió algunos platos. Quince minutos más tarde, Ascencio ya no deseaba toritos. Lo más succulento que vio fotografiado en el tríptico del menú, a la hora de desplegarlo, fue el Vuelve a la vida especial. Quiso captar la atención de la señorita, agitando la mano por encima de las innumerables cabezas, pero ella no atendió. En cambio, apareció un mozuelo en camisa sin mangas y pies descalzos. Apuntó su orden que en menos de veinte minutos llegó en forma de un enorme plátón decorado con galletas saladas, bordeado con revoltijo de mariscos, aguacate y especias. Consideró rechazarlo en un principio, hacerse notar como un cliente molesto por el servicio, pero el plato exhalaba un aroma tan succulento, que después del primer bocado, no volvió a levantar la cabeza del tazón. Al terminar de comer, notó que muchos comensales se habían ido, originando un período de calma entre los empleados. Al encender un cigarro, Anayeli apareció a sus espaldas.

—Lo siento, cada uno de nosotros atiende sus respectivas mesas; usted está en la mesa de mi compañero y pues...

—¿Cuáles mesas atiendes tú? ¿Por qué me trajiste toritos hace rato?

La joven quiso volver a sonreír, pero fue notorio el esfuerzo que hizo para no volver a enseñar los dientes.

—Lo vi desde que entró. Traía usted una cara de espanto que no podía con ella. Tropezó conmigo en la entrada, de seguro ni se acuerda.

Miró hacia el embarcadero. Un par de lancheros lo observaban a la distancia. Del otro lado del río, las palmeras y los platanos habían desaparecido conforme la oscuridad iba ganando terreno. Se disculpó al no recordar.

—¿Gusta esperarme? —preguntó ella—. Salgo a las diez de la noche.

Como los dos sujetos de afuera no le quitaban los ojos de encima, Ascencio no contestó de inmediato y dejó una palabra a merced del balbuceo.

—Ándele, lo invito a una fiesta del otro lado del río. ¿Qué dice? —insistió ella.

No tuvo más opción sino esperarla, en parte porque temía salir del establecimiento. El río agitaba las llantas mohosas a lo lejos, justo detrás de aquellos quienes lo observaban, en sospecha de que pertenecían al barcillo donde había hurtado los primeros tragos. Algunos transeúntes bromeaban con los lancheros, pero incluso en la distracción no dejaban de observarlo.

Una hora más tarde, Anayeli apareció junto a él aferrándose del brazo y salieron del local vueltos risas. Llegaron hasta una lancha donde había dos sujetos; uno de ellos puso en marcha el motor giratorio y el otro les tendió la mano para que no resbalaran de la cubierta. Una vez abordó, Ascencio reconoció a los mismos hombres que lo observaban afuera del local, como conductor y copiloto. Durante el trayecto al otro lado del río, la muchacha dijo —en lengua intraducible para Ascencio— algo así como un chiste, puesto que los tres se carcajearon, sin quitar la vista de enfrente. En ese momento, Ascencio buscó su teléfono celular, guiado por un instinto asociado con las bolsas de su pantalón, al instante recordó cuál había sido el último lugar donde lo había visto: sobre la mesa del restaurante. Con el tambaleo del casco sobre el agua y la borrachera alborotada de tal manera, Ascencio permaneció lo más quieto posible, intentando ver un punto fijo dentro de la lancha, pero sólo tuvo fuerza para asomar la cabeza y devolver el estómago. Sus acompañantes volvieron a carcajearse.

—Tranquilo, amigo, ya mero llegamos—dijo la voz de un hombre.

—Tengo... me estoy orinando, discúlpenme, creo que he bebido mucho.

—Y otro poquito de a gratis —dijo la misma voz, sin reconocer en la penumbra quién de los dos hablaba.

Atrancaron la lancha a las orillas de un espeso manglar que los protegía, de cierta manera, de la lluvia exterior. Ascencio, aun y con la oscuridad reinando absoluta, se escondió en un escollo donde hubiera vegetación, con el fin de que nadie lo viese hacer sus necesidades. Ahí fue cuando se le apareció un lirio de color azul. Al verlo, las ganas se le contuvieron, como si se tratara de un sueño recordado, donde el organismo no está dispuesto a orinarse dormido. La planta fue como apagándose poco a poco, volviéndose uno más entre los lirios que flotaban sobre el agua negra.

Cuando regresó con aquellas gentes, ya iba más lúcido que sobrio. Se excusó diciendo:

—Creo que voy a regresar. No me siento muy bien.

—Caray, si ya la cara se le ve mucho mejor —dijo Anayeli, riéndose, mostrando esos dientes blancos que la delataban en medio de la oscuridad.

—Ándele, no tenga pena —profirió la voz de uno de los hombres detrás de él—. Pásele a echarse otros toritos; estos van por mi cuenta.

—Me apena mucho. Y les doy las gracias por su cordial invitación. El recorrido me ha parecido de lo más agradable, en serio, pero creo que es hora de regresar.

—¿Regresar a dónde, amigo? —inquirió el otro sujeto.

Era cierto, no había hacia dónde ir. La oscuridad se volvía aún más penetrante y ni siquiera se distinguían las orillas del río. De pronto, fue como si todos los sonidos de la tierra hubiesen dejado de existir. Ascencio escuchaba el latir de su propio corazón, como hacía mucho no lo había oído: vivo, inquieto antes del ritmo inalterable de su vida. Apreció su corazón en esos momentos, tanto, que se llevó las manos hacia el pecho como si

estuviera despidiéndose de él. La voz de Anayeli se escuchó muy cerca, casi en su oído, volviendo a hablar en lengua madre. Las carcajadas de los hombres hicieron gran estruendo. Cuando menos se dio cuenta, una pequeña luz roja iba apareciendo en el horizonte. Ascencio se percató de que en realidad iba caminando hacia abajo, sin que sus pies pudieran detenerse. Delante de él iba Anayeli y aún más adelante, los dos sujetos. Para entonces, la luz roja se había convertido en las paredes iluminadas de una caverna. Bajo los resplandores de las fogatas bailaban multitudes, aceitadas con el extracto de sus cuerpos abrazados. Ascencio vio enormes mesas repletas de mariscos, carnitas, elotes hervidos, camotes en dulce, cervezas y botellas de refrescos. La música parecía salir de un potente modular, aunque sin presencia de bafles o bocinas en los alrededores.

—Y, bueno, fuereño, ¿te gusta bailar? —le preguntó Anayeli, jalándolo a la pista: un claro labrado en medio de las piedras, imitando la transparencia del mármol. Bailaron cinco piezas de salsa, meneadas, muy de cerca. Ascencio se disculpó cuando notó que de sus pantalones asomaba una erección, demasiado grande para lo usual. La muchacha continuó bailando, cada vez más cerca del montículo que iba hinchándose. Por fin, ella lo tocó y Ascencio sintió una chispa quemándole el glande.

—¿No te gusto, fuereñito? Mírame y dime que no te gusto.

La muchacha se alejó y dio un par de vueltas meneando las caderas. Él vio el cuerpo de una mujer que no había visto en el establecimiento, más esbelto y provocativo, con un trasero idéntico al de Lorenza. Después, la muchacha se fue acercando poco a poco y conforme esto sucedía, él iba sintiendo más ardor en el glande.

—Lo siento... —dijo Ascencio, con el chisguete en la punta. Caminó en dirección a las mesas y tomó asiento, estaba sofocado. Los cuerpos sudorosos seguían bailando; sólo

hasta entonces se dio cuenta: aquellos cuerpos danzarines nunca se cansaban, por más tiempo que transcurriese. Siempre sonaba la misma canción.

Fue cuando advirtió a un señor sentado en la mesa de enfrente, quitándose las piernas, con ademanes tan naturales como quien se desabrocha los zapatos. El hombre comenzó a enderezarse en llamas y soltó un grito tan desgarrador, que incluso las profundidades de la caverna castañearon. Cuando la bola de fuego, una vez enroscada, subió produciendo un sonido muy parecido al de las matracas, otra bola la siguió y luego muchas más. Los gritos de toda esa gente eran igual de horribles que los sonidos de una cámara de torturas. Ascencio también gritó, queriendo despertar de aquella pesadilla. Volvió a gritar debido al dolor que le producía la tremenda erección de la que no podía deshacerse. Luego intentó calmarse, imaginar que seguía a las afueras del hotel Araucarias, despidiéndose de mano de su exmujer, bajo el aguacero que caía aquella tarde en la ciudad. Pero nada de eso fue tan real como cuando vio su cuerpo arder en llamas; sólo entonces gritó de verdad.

Un relámpago cautivo

El maestrohabita una cueva allá abajo, pero no de siempre, sino desde que murió el agua. Domiciano a veces viene a visitarlo. Le doy miedo a Domiciano, por eso no quiere encontrarme en el bosque. Donde quiera que me ve, me arroja piedras. Siempre que el maestro lo presiente subiendo la montaña, tengo que bajar a la milpa sin que nadie me note, porque soy muy feo y hago daño. Es más difícil esconderse en el pueblo, dañoso en época de calor, cuando se tuestan las piedras de la calzada y los maizalesdejan de ir hacia arriba, sólo tierra arcillosa queda desde aquí a Choapan. He oído a la gente culpar al maestro de esto, porque es dueño del rayo, pero malvado, según dicen, porque nunca pudo salir de su cueva. Por eso Domiciano viene a ver qué anda haciendo acá arriba, ofrenda resinas, aguardiente y tabaco. Domiciano es el único que escucha al maestro ahora, aunque mucha gente venía antes de que comenzara la sequía. Desde Usila a Sochiapan, pasando por Comaltepec, venían a hacer peticiones exclusivamente de lluvia, para cultivar, para echar arriba la siembra. El dueño del cerro les preguntaba: “¿por qué no ofrendan a los patronos de sus ranchos? ¿Por qué no piden lluvia en otra parte?”. Ellos respondían que ya no había gente de trueno allá en Usila o Sochiapan, todos ellos habían desaparecido. Fue entonces cuando mi señor comenzó a dormir más, porque comenzó a buscar respuestas en el inframundo, de donde yo vine.

Cierto día emergió de la cueva, arrastrándose. Había dormido casi una semana completa, sin comer ni beber. Le pregunté:

—Maestro, ¿de dónde viene? —pero él no contestó. Su rostro estaba lleno de moretones y sangraba de una axila. Luego se pasó la madrugada vigilando el fuego.

Nunca entendí cómo había sido herido en sueños; según mi conciencia, eso no es posible en este mundo. Estaba descalzo, como siempre caminaba por la tierra. En uno de los sueños, el maestrome daba la espalda, cuidando la fogata, con la mano izquierda extendida hacia el fuego. Hablaba con alguien en muchos idiomas. Recordé que siempre me había avisado: “Cuando me encuentres en sueños, no intentes despertarme, porque te puedo desaparecer”. Y así hice, ni siquiera vi su rostro, pero sabía que era él; silencié mientras tronaba la fogata: las plegarias del maestro resonaban en cada rincón de la cueva. Entre las brasas, brotando de las sombras y subiendo hacia el cielo, en forma de nebuloso augurio, alcancé a ver un sembradío de por lo menos tres hectáreas de ancho, los montes escarpados iban interconectándose a través de una barranca. Yo estaba tirado en medio de aquellos surcos, para entonces la siembra ya había sido recogida, y se apilaban varios montículos de cañas secas, rendidas ante el sol cayendo. Ahí estaba el dueño del rayo, junto a una señora desconsolada, que le rogaba no llevarse el cuerpo de su hijo, porque había sido el mayor de todos, el que más trabajaba la tierra, y aquella tarde le había caído un rayo, sin haber ninguna nube en el cielo. Quiso darle los santos rosarios, para que su alma descansara en paz. El maestro le prohibió que hiciera esto, dijo que el niño no estaba muerto, que al despertar sería gente de rayo como él. La señora entonces gritó:

—¡Si eso es verdad, no me lo devuelva, porque de seguro usted es brujo!

Así, a mitad de la muerte, el maestro llevó a aquel niño hasta la entrada de la cueva, y se lo presentó a los espíritus, que adentro discutían qué iban a hacer con él. El dueño del rayo no pudo dormir por varios días, velando la férrea ilusión del veneno supurando entre las rocas, a modo de vapor oscuro, alucinaciones que provenían de la intensa vigilia. Dicen que por mi culpa el dueño del cerro quedó atrapado en esa cueva, que

antes su casa no quedaba muy lejos de Tuxtepec. Después de adoptarme, había perdido la facultad de hacer llover. A veces me decía con tristeza:

—Cuando te muerde la gran culebra blanca, sales disparado de esta tierra y pierdes la memoria. No eres inocente, tampoco culpable, los espíritus te eligen o te llevan, sólo hay de dos. Pero tú lo que hiciste no tuvo nombre.

Los chillidos ensordecedores de los murciélagos comenzaron a romper jarrones en el interior de la cueva, jarrones que el maestro forjaba restregándose las palmas de las manos, a modo de un escultor que despega los pegotes. Mientras los murciélagos tronaban dichos jarros, a mí me salían relámpagos por todo el cuerpo. El maestro entonces los atrapaba, metiéndoselos por el dedo gordo del pie y expulsándolos de la cueva con el índice, en dirección a las alturas. Así, según él, mantenía contacto con las nubes.

—Fuiste arriado por un rayo poderoso —decía enojado, cuando me vio despertar tres meses después de haberme pegado el trueno— pero no tienes enseñanza. Te quedó mucha energía adentro, pero no sabrás nunca para qué sirve; ya tu organismo no tiene agua, pura corriente. Por eso eres peligroso para cualquier vivo. Yo te enseñaré a bien morir entonces, para que nunca hieras a nadie, para que no enfermes esta tierra.

A pesar de sus esfuerzos, la sequía continuó y yo no morí. Los indios caían de hambre allá en el cerro; el pueblo entero se moría en medio de las calles; también llegó la noticia de que en la ciudad la gente moría en las filas de la rebelión. Luchaban por el agua que los ricos habían escondido. Yo merodeaba los sembradíos ajenos, hurtaba algunas tunas de las nopaleras aledañas y se las dejaba al maestro en la entrada de la cueva. Aun sabiendo que él tampoco quería verme, ahora menos, carcomido por los ataques de tos, que concluían en la expulsión de gruesos coágulos de sangre. Ninguna enseñanza me había dejado aquel

rayo, sólo este cuerpo desfigurado; pero el maestro, desde el primer día que intentó sacármelo, fue consumido a tragos.

A mí el hambre se me había olvidado, como aprendí a olvidar mi nacimiento y de igual forma ignoro si algún día moriré. Vengo de allá, de los linderos del monte, me escondía entre la maleza, escuchando la respiración de cada uno de aquellos pulmones de donde brotaban los ríos silenciosos, desde abajo de las rocas. Aprendí los distintos tipos de cantos que las aves entonan a lo largo del día. A veces dormí debajo de la tierra, sin soñar nada. Así transcurrían las horas, como si fueran jornadas completas, mientras permanecía expectante a los sonidos nocturnos, ala sierra que nunca abandona sus actividades,bajo su cobijo sonoro. No podía recordar ni mi nombre y, sin embargo, sabía que tenía uno, a diferencia del maestro, a diferencia del bosque.

Pero él y yo nos volvimos a encontrar una noche. Es raro que la gente de Choapan camine por la sierra tan tarde, porque así logran verme con más facilidad. El maestro nunca me tuvo miedo, le daba lástima o tristeza. Caminamos pendiente abajo, supongo que con dirección a la cueva. Primero no me di cuenta que estaba soñando de nuevo.Luego no pude despertarme. Todo era muy de verdad, incluso sentía las ráfagas del viento moviendo mis cabellos, arañando mis brazos; cadamurciélagos emitía su particular chillido, sin repetirse en mi cabeza, tributaban un larguísimo rosario, tras el eco de los chillidos, una sola voz, la de él o la mía. Así noté que íbamos pendiente abajo, todavía caminábamos hacia la tierra, la gran mandíbula. Entonces recordé que no debía llamar su atención, no llamarle en sueños, por lo que caminé más lento hasta dejarlo por delante de mí. Escuché entonces la gigante voz del cerro, regañándome:

—Creí que en todos estos años habías cambiado, pero sigues siendo el mismo, no tienes enseñanza, tampoco has hecho nada por obtenerla. En cambio, te la pasas asustando a la gente, enfermando las tierras, robando los pocos frutos en épocas de sequía.

Desperté. La falta de comida por fin había surtido efecto, mi organismo estaba débil, ya no tenía tanta corriente en mi organismo, el bosque me desprotegió, hubo un momento en que el viento se llevaba todo lo que fui. Esta vez no quise despertar, a pesar de todo, me aferraba a la vida verdadera, según los hombres, al único mundo que conocemos. Lejos de mi tierra, cruzando estos valles que nadie hubo recorrido con anterioridad, ni siquiera el maestro cuando cortaba el hongo sagrado; sólo estaba yo con el licor de la tierra, la lluvia golpeándome el rostro, regañándome sin saber el porqué. Permanecí tirado boca arriba, con el manto de los sueños confundíéndome, recordando, lo que el tiempo había dejado oculto hasta ahora. Contrario a toda recomendación, bebí agua lluvia, bebí con las ansias de una garganta que busca humectarse por siglos.

Me encontré de nuevo avanzando en dirección al desfiladero, pero ya no sentía mis pies, era como si mi cuerpo flotara hacia lo profundo del bosque. Escuché la lengua de un gran río que me hablaba desde adentro, la lengua que hablaban los árboles y las rocas dentro de mi corazón. Aquel río me obsequió la revelación de un infante, que mientras cuidaba los retoños del maíz recién salido, se encontró merodeando por la milpa a un hermoso guajolote blanco. El animal no hacía ruido, se la pasaba pavoneándose, exhibiendo su plumaje de aquí para allá, dando vueltas en el mismo sitio de la milpa. De pronto el ave se le dejó ir encima, intentándolo picotear. Sin demora, el niño agarró un guijarro, de esos que quedan sueltos después del arado y con el tino de un experto hondero, lanzó la piedra lo más fuerte que pudo, dándole en el mero cráneo al guajolote. Seguro estaba él de que lo había visto morir, hasta vio algunas plumas blancas saltar por los aires; pero para su

sorpresa, cuando se acercó al lugar preciso, no encontró ni rastro de plumas. Fue entonces cuando le pegó el rayo, sin asomarse ninguna nube en el cielo.

El río tiene lengua, reza la memoria en donde ahora me sumergía. Vi mi muerte, pero continuaría avanzando, ni perteneciente al más allá, ni cerca de los vivos. Este monte esconde agua adentro, es como un ser humano repleto de venas. Los dueños de rayos, como los murciélagos, utilizan esa misma sangre para alimentarse. Quien tiene agua cuida el poder, quien tiene poder es vulnerable.

Rodeado de antorchas, alcancé a sentir la tierra humedecida bajo mis pies volteados, porque todo el tiempo que estuve en el interior de la tierra caminaba hacia atrás, hasta que hallé la plaza de un templo, hecho con cantera y zacates pintados. El atrio también se encontraba recién perfumado, barrido hasta el último de sus peldaños. En el centro de las recámaras estaba el maestro sentado, continuaba dándome la espalda, con los brazos amarrados en las piernas, parecía incapaz de levantar la vista. Dijo:

—Así que por fin tropezaste, ya estarás contento de haberte caído al barranco donde te encontré por primera vez. Regresaste por tu muerte y ahora voy a llevarte al mundo de verdad, al mundo que nunca viste con los ojos, allí donde los desaparecidos luchamos para mantener la limpieza del agua.

El maestro pronunciaba esto como si estuviera dirigiéndose a alguien más, a alguien que no era yo. Besó mi pecho, como si sus labios dieran cabida a un par de cuchillos de pedernal, que fácilmente rajaron mi piel sin dolor alguno, como un par de colmillos de murciélago. Al llegar a las cavidades más profundas de mi interior, encontró mis pulmones y comenzó a succionar cantidades enormes de luz, energía serpentina. El resto del rayo iba saliendo poco a poco.

—Esta culebra todavía quiere vivir adentro, pero no te deja enseñanza; es como un parásito viviendo de tu cuerpo. Esta vez la voy a utilizar como arma, ahora la voy a llevar a cumplir mis tareas allá, donde los invisibles trabajamos, donde nadie descansa para brindarles sustento a los desgraciados de este mundo, a los que padecen sed y hambre todos los días. Me vas a acompañar al mundo de los descarnados, ahí te voy a convertir en mi flecha, ahí serás mi escudo.

Desperté con un agudo dolor en el pecho. Mis manos y mis piernas estaban adormecidas. Muy cerca de la cueva chillaban los murciélagos, habían salido a cazar alimañas, ocultándose de los rayos de luna. No supe cómo había llegado mi cuerpo hasta ahí; era seguro que estaba vivo y no tirado en el fondo del barranco, era seguro que vivía porque tenía miedo, por primera vez, después de haber visto al guajolote blanco. También pude darme cuenta de que mi cuerpo ya no estaba desfigurado como antes, no dejé de ser un niño, pero algo en mí había cambiado. En la entrada a la cueva descansaban varias ofrendas, que constaban de tejidos de plumas, resinas aromáticas, ocote, flores de pericón, también atados de mazorcas, ofrendas que el maestro no había siquiera tocado. Lo llamé, pero nadie apareció, por lo que tuve que introducirme a la cueva por primera vez, aunque esto me estuviera prohibido; sólo en sueños yo podía entrar a la cueva, de lo contrario también podría enfermarme. Jamás hallé su cuerpo.

Al salir, era ya de día. La radiante mañana me dejó deslumbrado. En seguida vi a Domiciano, sentado en la entrada de la cueva; ya no parecía tenerme miedo. Me trató como si fuera yo un amigo del pasado. Me dijo que el dueño del rayo anterior había fallecido víctima de una fuerte tuberculosis, que él seguía yendo de vez en cuando a dejarle ofrendas, porque a raíz de su muerte el temporal había vuelto. Para Domiciano, eso demostraba que el espíritu del maestro seguía allí, levantando la mazorca.

Fuimos de regreso por el sendero hacia las milpas, donde antes debía esconderme, ahora caminaba a plena luz del día, sin asustar a nadie. Hasta hubo gente que sonriendo me señalaba, agitando sus manos. Domiciano hablaba acerca de unos proyectos que realizaría con unos primos, en los cuales yo les podía ser útil, dado mi conocimiento de las rutas acuosas que corren por debajo del monte. Domiciano me hablaba de esto con plena confianza. Dichos proyectos consistían en instalar novedosos sistemas de riego, regadíos a gran altura, a niveles donde galopa la niebla. De pronto recordé que yo también había tenido una familia. Todo mi mundo volvió en un instante a aclararse. Dejé de saberme muerto, recordando el lenguaje del río. Tenía una madre que respondía al nombre de Aranza Flores y vivía en el Yucal, con mis siete hermanos, a no mucha distancia del barranco donde sembraba. Se lo conté a Domiciano, él me miró incrédulo y dijo:

—Tenía una abuelita con el mismo nombre allá en el Yucal. Soy hijo de Ernestina Careno, la más pequeña de los seis hermanos que tuvo con Anastasio Careno, de Usila, el abuelo de todos nosotros acá en Choapan. Él entregó su corta existencia a las filas de la rebelión.

Un profundo silencio nos embargó a ambos, mientras seguíamos pateando las piedras flojas del sendero y viéndolas saltar hacia el interior de los maizales. Después Domiciano meneó la cabeza riéndose, como si asimilara una broma hasta entonces desapercibida. Me miró de nuevo y dijo:

—Mi madre, cuando nos portábamos mal allá en el campo, nos contaba la historia de su hermano mayor, que había hecho enfurecer al espíritu del monte, allá a orillas de la cañada. Su nombre era Agesilao Careno.

Mis sentidos se nublaron al escuchar aquella mención, no pude evitar pararme de tajo sobre el camino. Por fin había recuperado mi nombre, así era como todos por estas tierras me conocían. Excitadísimo exclamé:

—Ese soy yo, mi nombre es Agesilao Careno, tu madre Ernestina, una chamaca melindrosa a la que no le gustaban los nopales, hasta que en cierta ocasión ella y yo nos perdimos en el monte. Por varios días intentamos encontrar la ruta de vuelta; ahí le agarró el gusto a los nopales, sin tener otra cosa qué comer.

—Eso es imposible, chamaco —arremetió Domiciano con violencia, como si toda la confianza lograda hasta ahora se hubiera roto en un instante—, que si bien es cierta esa historia que cuentas, porque así mismo la contaba mi madre, ya tendrías más de sesenta años.

Cruzandolos umbrales

Pendiente arriba, tapizado de rastrojos verdes, el camino se desvía hacia una casa blanca, construida a doble piso, con ventanales en forma de bóvedas y techumbres de tejas romanas. Una parvada de urracas grazna invisible entre los eucaliptos, mientras las semillas se desploman sobre las piedras estériles. Ella viste una falda ajustada, pantimedias beige, zapatillas de tacón alto, por lo que le es imposible mantener el equilibrio mientras asciende. El polvo salpica sus ojos. Junto al camino, atado a la rama uno de los eucaliptos, se mece el Colgado, un neumático viejo, que le recuerda al columpio donde su infancia trascurrió sin ser notada. Las luces de la ciudad parpadean allá abajo. Son casi las siete de la tarde. Por fin ha regresado.

Un perro labrador le mueve la cola, anhelando que sus manos lo toquen.

Sobre la puerta de madera con vitrales opacos, tres moños negros le dan la bienvenida. El labrador se queda inmóvil, viéndola entrar a la casa, como en espera de alguna señal. “Qué animal tan atento”, piensa sin mirarlo y cruza el umbral.

En la sala, es sorprendida por una ansiedad que la sacude. Las manos le tiemblan. Con la punta de la lengua intenta humectar sus boqueras, pero sólo grumos de saliva pestilente quedan expuestos. En el entorno indaga un exquisito olor a vaina, que le provoca náuseas. Se quita las zapatillas. Masajea sus talones, mientras observa el cuadro de un *Cristo en la cruz, en un paisaje con jinetes*, expuesto frente a la estancia principal. Al otro lado de las ventanas, que dan hacia el jardín, logra percibirse el tapete iluminado de la ciudad visto desde las alturas. Grillos y murciélagos elevan sus primeros himnos a la noche. No hay luna. No hay estrellas. Ya no hay viento. Al observar la cantina divisa varias

botellas, como si éstas le llamasen por su nombre; cierra los ojos casi por instinto, pero al mirar de nuevo la pared, donde antes estaba el cuadro, un enorme árbol ahuehuete va alzándose, cubierto de salitre, mismo que corroe las paredes blancas. Un manto cristalino de agua aflora bajo sus pies, por debajo de las rodillas. La afluencia de peces multicolores danza retorciéndose en las corrientes. Del otro lado del ahuehuete, una hermosa mujer más o menos de su edad la saluda agitando la mano. Viste un conjunto transparente, sedoso, empapado, que define a la perfección la tersura de su piel. Camina hacia el corazón del río, donde las profundidades parecen aumentar, mientras se le van desprendiendo trozos de carne y piel, formando una torrencial catarata de sangre. Entre las ramas negras del ahuehuete, un espantoso tornado asola los alrededores. Intenta gritar pero no puede.

Sin desahogar los gritos del todo, entre dormida y despierta, Erika vuelve en sí y mira de nuevo aquel cuadro de el Greco; suda en exceso, con la mandíbula apretada. Sabe que la mujer a la que vio en el manantial era su madre, quizá cuando tenía su misma edad. Nota que ha sido cobijada con un cobertor de esos que pican. Respira de alivio antes que el cansancio la vuelva a aletargar. La noche acaece en un parpadeo y al despertar se siente más ligera, incluso con nuevos bríos. De nuevo las botellas en la cantina le llaman por su nombre. Llena a la mitad un vaso de cristal con coñac y sale al jardín, donde el perro la recibe.

—¿Y tu amo, chiquillo? ¿Dónde está? —le pregunta al animal.

Camina juntos por el amplio jardín, el perro siempre va adelante, zigzagueando entre las prendas tendidas bajo el sol. Caminan hacia lo que parece ser un invernadero. Ella entra. El perro la espera en el umbral.

No deja de maravillarse de cuantas especies herbólicas cohabitan en el recinto, impregnando el entorno con sus fragancias, las cuales van desde el tomillo, la lavanda, el

orégano, hasta la salvia silvestre. Minutos más tarde, descubre a un muchacho de playera deslavada, con la atención fija en unas hortalizas hidropónicas. Erika siente abrirse un abismo en las entrañas, surgido desde lo más recóndito de su memoria. El vaso se le resbala entre los dedos malabáricos, no alcanza a asirlo y termina estrellándose contra el suelo.

—Así que te has dignado a venir, Kika —dice el chico sin voltearse.

—Lo lamento mucho, créeme. Sabes que yo no debería estar aquí, no puedo quedarme más; debo estar en Guanajuato hoy mismo por la tarde. Una sesión fotográfica me espera.

Mientras habla, el muchacho palpa levemente su rostro, como suelen hacerlo los ciegos cuando intentan penetrar en la hondura de las formas. Los ojos inmóviles del joven, inmersos en la luz, parecen detallar una sonrisa invisible, lejana.

—¿Ya conoces a Argos?

Sólo entonces, al escuchar su nombre, el perro camina hacia el invernadero y lame la mano de su amo.

—Sí, creo que es el mejor amigo que te he conocido—confiesa ella, regresando a la calma. Con su pie derecho intenta orillar los vidrios del vaso roto, pero éstos ya han desaparecido.

—Quédate un rato —propone él—, te tengo preparada una sorpresa.

—Prefiero que me cuentes todo. Sabes que no puedo quedarme, lo siento mucho.

En ese momento, él toca sus labios; las yemas de sus dedos están fríos. Haciendo una ligera negación con la cabeza, sonrío.

—¡Vamos! Hace tanto que no te veo. También estás en tu casa, recuérdalo.

Después de instalarse en la sala, bajo el apremio incesante del reloj que va marcando los segundos, Erika decide beber otro vaso de Hennessy para calmarse; los temblores han regresado.

Mientras, el muchacho le revela cómo hizo para preservar el aspecto del entorno, tal y como lo dejasen sus viejos, antes de morir. Aquello le parece a Erika una empresa bastante estrafalaria, incómodamente surreal, a pesar del tiempo libre que cualquier inválido pudiera tener.

—¿Cómo murieron? —pregunta ella de tajo.

—Una noche se fueron a dormir. Ha sido uno de los fallecimientos más peculiares, si me lo preguntas. Los dos al mismo tiempo, ¿puedes creerlo? Las autoridades hicieron autopsias, como si se hubiera tratado de algún homicidio, y por supuesto, yo fui el primer sospechoso. Aquellos días hiciste mucha falta por aquí.

Al oír esto, Erika mira a través de las persianas tremolantes, detrás de éstas se abre un cielo libre de nubes. Los prados reverberan el ambiente en un bochorno crudo y escandaloso, que la obliga a sorber dos tragos de coñac seguidos.

—Te parecerá chusco, pero así es la vida, nadie tiene seña de nada, sólo sucede.

—Pregúntamelo a mí—Erika carraspea al hablar—, después de todo no sé qué me hizo volver. No sé si los estaba buscando, si me siento sola ahora mismo, si nunca quise alejarme de ustedes. Pero créeme, anhelaba ser yo misma, demostrarles mis triunfos aunque fueran escasos, embravecer mis ideales aunque terminara desilusionada. El tiempo vino por mí, ya me alcanzó, justo cuando había olvidado este lugar. Pero por el contrario, me siento convaleciente, como salida de alguna enfermedad letal. Ahora sé que estoy a punto de fracasar en mi carrera. He perdido la figura. Estoy envejeciendo; una modelo envejece más

rápido que las demás mujeres. En la actualidad no puedo irme a dormir sin, por lo menos, vaciar una botella.

—Sigues siendo hermosa, lo distingo a través de tu voz. Aunque no me lo creas, esta casa cambió mucho desde que te fuiste. Se enfermó todo, incluso el jardín... Yo perdí la vista.

El muchacho ahoga la emoción con que de pronto se encienden sus palabras.

—No pretendas hacerme sentir culpable, es lo que menos necesito.

—Hablo en serio —continúa él—, cuando escapaste de casa, nos abandonó el mundo. Imagínate a lo que se enfrentaron nuestros padres: una hija desaparecida y un hijo discapacitado. Sé que parece reclamo, burla, alguna pesadilla alburera del destino; pero debes aceptar que mucho de lo que tú y yo vivimos en esta casa no tuvo explicación.

—¿Alguna vez intentaste contraer matrimonio?

—No, ¿para qué? Hace mucho que ya no le pertenezco al mundo. Además mis plantas, estos muros, los muebles... Encerrado aquí tengo todo.

—En parte haces bien, aunque me duele lo que dices —Erika lo abraza, intentando admitir que eso, lo que estrechan sus brazos, es realmente su hermano.

—Esta vez quiero que me acompañes. Por favor, no me dejes solo. Únicamente recuerdo el silencio, el silencio se apoderó de cada habitación; mi mente tampoco pudo estar tranquila, por más monólogos o diálogos internos, terminé enfermo de inmovilidad. Aun así, llegué a escuchar en un par de ocasiones sus pasos, también respiraban en mi oreja, tomaban asiento a la orilla de mi cama, me movían las cosas de lugar, y vaya que lo hacían a propósito, porque sabían que estaba ciego —la voz de su hermano se escucha como en el interior de un pocillo de peltre—. Pero ya todo eso acabó. Han desaparecido. Los hemos olvidado.

Erika, con lágrimas en los ojos, acepta una nueva realidad, mientras es conducida a la planta superior de la casa. Suben por las escaleras de balaústre negro, cada detalle evoca en ella un pasaje indefinido. Recuerdo tras recuerdo percibe antiguastildes inexpresivas, pormenores que creía sepultados. Cuando llegan a lo que antes solía ser su habitación, ella no lo puede creer: el joven también se ha preocupado por mantenerlo intacto, tal y como en su adolescencia lo dejara. Erika mira todo aquello con cierta repulsión, teniendo en cuenta la familiaridad que le brindan los objetos. Pero su antigua cama la cautiva, al encontrarla tendida y perfumada, justo como cuando regresaba del colegio. En un arrebato casi infantil salta al colchón y huele los cobertores. Se revuelca en las cobijas. Observa las fisuras en el techo, formando rostros que ella descubría sin ninguna dificultad en el pasado; todo le parece idéntico, desolador.

El último ajeteo al que ha sido sometida, la deja exhausta. Comienza a sentir los párpados terrosos, ya no le preocupa el vértigo o la sensación de enloquecer en un primer descuido, ahora se siente tranquila, puede cerrar los ojos sin desmayarse.

Sus manos heladas intentan calmar una terrible migraña que le impide mirar hacia la luz. Los temblores la sorprenden de nuevo. Escucha el zumbido de varias moscas merodeando por los alrededores, pero no las distingue, ni siquiera entre lo blanco de las paredes. Consulta su reloj, éste marca las seis cuarenta de la tarde. La sesión fotográfica de seguro ya ha comenzado sin ella. El teléfono celular está atiborrado de llamadas perdidas y mensajes altisonantes por parte de su representante. Nada de eso le importa ahora, no antes del primer trago.

Baja a la sala. Su hermano no aparece por ningún sitio. Le viene a la memoria el invernadero.

“Pobrecillo, tenía que dejarlo todo como estaba, para no chocar con los muebles”. Piensa, dirigiéndose a la cantina, cerrando los ojos, intentando comprender lo que su hermano había sufrido por tantos años.

Al abrir de nuevo los ojos ya no existe la cantina, en la escena del cuadro ya no hay un Jesucristo crucificado; la sala también ha desaparecido, tampoco están los cristales, ni la puerta ni los sillones; aquello parece más bien un inmueble abandonado, donde se ha violado a colegialas, donde habitan fieros vagabundos y ratas hambrientas; recinto usado como sanitario de paso, sede de incendios y sesiones satánicas.

Desconsolada, en plena confusión, nota que no ha bebido ni un maldito trago durante toda su estadía en aquel lugar. La resaca le parece más dolorosa que nunca. Una tremenda inflamación abdominal la obliga a caminar encorvada, recargándose en las paredes para no caer a los charcos de sabrá qué sustancias.

En el exterior, Argos tampoco aparece. Su falda está manchada de lodo, grasa o excrementos. Los tacones de sus zapatillas han desaparecido entre tanta basura. Aquello, que antes pareciera un bello jardín, ahora da el aspecto de un lote baldío donde se pudren carrocerías, menesteres y electrodomésticos bajo el sol. El invernadero tampoco está. Camina descalza pendiente abajo, intentando equilibrarse sobre los guijarros sueltos. Sólo el columpio colgado del eucalipto ha permanecido; pero está segura de que ya no es la misma llanta de su infancia. Mira hacia el horizonte: los edificios de la ciudad, silenciosos, inmóviles, están encendiendo una a una sus luces. Consulta el reloj, son casi las siete de la tarde.

El miedo universal

*Y hallándome en días tan difíciles
me acomodé entre las zonas más blandas y apestosas
de la ballena.*

Antonio Cisneros

Amanece, lo sé por el frío que inunda esta celda y los febriles trinos de los pájaros descifrando, a través de una ventana que queda a cuatro metros de altura, lo que allá afuera se conoce como la vida. Apenas, después de tres largas horas, vislumbro las otras veintiuna que me restan para cumplir mi condena.

Lo único que queda por hacer es dormir, lo que resulta imposible. Aquí adentro hiede a orines, a hervidero de sudores, mezclados con el olor dulzón de la mugre. Uno de los internos vomitó mis botas sin agujetas por la noche. Tengo hambre, pero me agobia más la sed. En calidad de urgencia, me vi forzado a pedirle agua a uno de los gendarmes, no importa si es con la que lavan sus camionetas.

—A nadie debería negársele el agua —dice un hombre acostado en la cama de asbesto—. Por mi parte, he sido un buen hermano hasta con mis propios enemigos. Con decirte que una vez llevé a un pordiosero a casa, le di de comer, lo vestí y le obsequié algunos centavos. Lo hice porque siempre que pasaba por la plaza lo veía ahí tirado. Nadie debería vivir en la calle. Me compadecí de él y se aprovechó. Resulta que una semana después de haberlo colmado de atenciones, ya no quiso salirse de mi casa. Por increíble que parezca. Un día llegué del trabajo; había atrancado puertas, sellando ventanas. Secuestrando a mi vieja. Entonces acudí a las autoridades, pero estos para lo único que sirven es para cubrir cuotas y atrapar a los pendejos. Por cierto: ¿qué te trajo aquí, chavo?

—Por andar briago en la calle —contesto, pero no sé por qué miento, si me recuerdo grafitando un espectacular a orillas de la carretera, donde aparecía expuesto un gigantesco número telefónico, sobrepasando los treinta metros de altura. Iba solo, como de costumbre, puesto que no pertenezco a ninguna crew. La oscuridad de la noche me volvía invisible. A mis pies veía pasar los autos, a lo lejos, los cerros iluminados y el resto de azoteas colindantes parecían dormir, mientras el sonido del spray fluía saliendo de las válvulas, mezclándose con los fuertes ventarrones. Me di prisa, mis muñecas deslizaban con precisión el trazo en las sombras. Luego bajé del espectacular; había creado unas bombas que incluso se veían desde la avenida, mi obra estaba dotada de cuantiosas firmas, todas ellas pertenecientes a una misma persona. Ligero me perdí por los andadores, y sin estar satisfecho todavía, con las manos manchadas de pintura, continué trazando tagers y más firmas sobre las cortinas de los establecimientos cerrados. Más adelante, hallé una casa abandonada, donde innumerables chatarras y carros abandonados me sirvieron de espacio expresivo. No me di cuenta que me seguían. Los polis no tardaron en darme alcance, con sus torretas apagadas, que de pronto se encendieron y me deslumbraron. En seguida sentí un fuerte puntapié que me puso de rodillas.

—A mí también, a mí también —comienza a decir el viejo del camastro—. Siempre me encierran por andar pedo. Si no dejan a uno brindar en vía pública, por lo menos debería haber mingitorios en las calles. Pero te estaba contando, chavo: después de que el hombre se apoderara de mis bienes y consiguiera formalizar una relación con mi exesposa, porque, para fregarla, resultó que padecía eso del... sí, del mal de Estocolmo. Como quien dice: fui a ocuparsu plaza. Ahora, mirándoles las jetas a otras personas, pido limosnas para comprarme una pachita, que exfolie toda la noche el dolor con el que amanezco.

Cómo será esta vida de cabrona. Incluso he pensado que ese pordiosero llegó a la plaza de la misma forma que yo: despojado de su hogar, de sus pertenencias, de alguna u otra forma cada quién obtiene lo que merece —el viejo se rasca la cabeza y varios piojos saltan a contra luz de la ventana—. Desde entonces he exfoliado mi espíritu con alcohol. Tomándome la vida en serio, porque aun así, no le hace, debemos continuar de pie, muchacho, de pie: *como un soldado loco en la batalla*—salta del camastro y comienza a recitar o algo parecido—:¿Sabes cuál es el miedo universal, chavo?

En ese momento, varios sujetos que están tirados en el suelo, intentando pegar el ojo, comienzan a insultarlo. Amenazan con bajarlo del camastro si no cierra el pico. Entre los inconformes aparece un tuerto, inmutable hasta ahora bajo la penumbra.

—Ese güey siempre cuenta la misma historia, dale viada.

—¿A poco se conocen? —les pregunto, para ver quién de los dos contesta primero.

—Siempre que nos traen a los separos es por ese pendejo—confirma el tuerto, dirigiéndose con desprecio al locuaz—. Pero ya estoy harto, pinche Montoya, un día de éstos te voy a matar.

Un repentino silencio nos deja a todos paralizados. Yo desvío la mirada hacia el largo pasillo donde se filtra una canción: *Yo no sé mañana, yo no sé mañana...* Luego me pongo a leer los mensajes tallados en la puerta, uno de ellos dice: *No chillen culeros*. Varias crews han pasado por esta puerta, algunas firmas me son familiares. Si sólo tuviese un plumón de aceite, sería capaz de rayar la puerta con una pieza única, distinguible entre todas las demás, sin pisar a ningún otro grafitero. Llega el petatazo a mariguana, es leve, pero lo bastante como para opacar el tufo que despide el escusado. Una bacha comienza a rolar entre los ahí conglomerados, incluso yo alcanzo a darme dos fumadas. Disfruto los

efectos de la distracción y la euforia contenida, aunque mi sed vaya en aumento. *Si estaremos juntos, si se acaba el mundo...* Me limito a aguantar, entre suaves divagaciones, el momento de volver a las calles para pintarlas. Aquí el tiempo parece prolongarse, perder su ritmo habitual, tanto es así que, cualquier sonido dentro de esta celda me parece nuevo, cualquier pensamiento es el más trascendente de mi vida. Cuando el efecto de la marihuana pasa, noto con decepción que sólo han transcurrido seis horas desde mi captura. Terminó de amanecer y no me han dictado sentencia. Los oficiales sólo dijeron: “te guardaremos un ratito, en lo que hacemos averiguaciones, a ver en qué otros sitios has rayado. Si hay orden de aprensión en tu contra, te trasladaremos de inmediato al ministerio público. Una vez hayas cumplido tus veinticuatro horas de multa, sin otra pinta tuya en las calles, podrás irte”.

Los motores de las patrullas comienzan a calentar allá afuera. Cada que un gendarme camina frente a las celdas, las mentadas de madre parecen un protocolo de bienvenida para el uniformado. El rechinar de las bisagras en la puerta nos pone a todos expectantes a la mención de cualquier nombre o apellido. Ingresan otro muchacho a la celda. Según el nuevo, ha golpeado a uno de los internos en la celda de al lado; quería sus tenis y el otro nunca los soltó. “Pero quedó peor el otro”, dice, besándose los nudillos colorados, escupiendo sangre sobre el suelo, cerca de donde los vagabundos intentan dormir.

—No seas puerco, prieto —objeta el tuerco—, ahí está el retrete, ¿apoco no lo ves?

—Uy, qué mamonsito me saliste ¿no, compa? Has de estar de vacaciones, medialuz—contesta el joven, escupiendo otra vez. Luego le ordena a Montoya bajarse del camastro.

—Nada más no te sientas muy chingón, porque te vamos a dar en tu pinche madre; aquí no estás en la otra celda, mijo—objetaun chavo, con tremenda cicatriz, que le baja,pareciendo un ciempiés, desde el rabillo del ojo hasta la boquera.

—Está bien, está bien; me bajo —profiere Montoya, para calmar la tensión generada entre ambos pleitos. Despojado de la envidiable zona de confort, llega hasta la puerta, donde sigo viendo al gendarme llenar unas cubetas con agua; parece muy a propósito su descuido, pues las deja regar.

—Es así como uno abre el corazón a los cuervos para que después se lo devoren, pero también los cuervos son presas del viento que los orienta —dice Montoya, no sin cierta ironía en sus palabras—. Nada de lo que hay en este mundo debería ser razón para pelear, ni unos chingados tenis, ni un hogar de placenta, ni una vieja culo alegre. Dirás tú, pues qué pendejo, por eso nos tratan como nos tratan; pero yo digo que es más pendejo aquel que cree poseer algo como si nunca se le fuera a acabar. Imagino que el día más triste de mi vida será cuando desaparezca el sol, cuando ese Gran hermano de pronto se apague y el silencio reine sobre la tierra. Lo digo porque estoy siendo testigo, aquí en mi mente, de dicho acontecimiento. Fíjate: una vez me encontré un ladrillo de billetes, todos de a quinientos, nuevecitos, relucientes. ¿Sabes qué hice?

—Ya vas a empezar, pinche viejo chismoso—lo interrumpe la remota voz del tuerto.

—¿Y sabes qué hice? Me dije a mí mismo: mí mismo, no la chingues; tú tienes dinero y trabajo, afortunadamente no te hace falta el techo de un hogar, el cariño de una esposa, el plato de lentejas. Claro que todo esto sucedió antes de llevar al pordio sero a mi casa. Nunca me pasó por la mente entregar ese dinero a la policía. Quizá alguna familia necesitada hubiera sido la mejor opción, pero también poseo un don especial desde

pequeño, que consiste en ver a través de las personas; así, en la abundancia, el corazón es lo primero que se les pudre. A menudo me conmueve la gente que me rodea, logro hundirme en sus pensamientos y si salgo ileso, es porque la persona poseía paz interior; de lo contrario, me llego a enfermar. Por eso digo que tú eres un buen muchacho, a pesar de todas esas fachas que traes...

Con este don me he ganado muchos enemigos, muchos amigos. Aquel día no encontré a quién donarle el fajo de billetes; así que regresé al lugar donde los había encontrado y los volví a dejar ahí. Levanté la mirada al cielo, afirmando mis pies sobre la tierra y le dije a mi creador: “padre, no soy digno de tus benevolencias, haz de mí alimento para los buitres; pero no me tientes otra vez con billetes, no me subestimes. Si está en tus manos darle esto a otro, que sea a un verdadero amigo”. Y me retiré del lugar; pero, sintiéndome curioso de la voluntad del Señor, opté por ocultarme detrás de una milpa donde nadie me viera y esperé ahí hasta que el verdadero afortunado encontrara el baro. Así trascurrieron cerca de ocho horas. Por el camino pasaban personas a las que yo notaba honradas, buenas, necesitadas o enfermas, pero ninguno lo suficientemente atento como para agachar la mirada y descubrir el fajo de billetes; hasta que por fin llegó el beneficiario. Ese cabrón —señala al tuerto—. Desde entonces tengo la fortuna de conocerlo. Me hice amigo suyo gracias a aquel incidente. Es cierto que él no necesitaba el dinero más que yo, no como otros que a diario mueren de hambre o por falta de medicamento; pero esa ya no fue mi voluntad, sino la de allá arriba, ¿comprendes?

—¡Todo es mentira, cabrón! Hubiera querido recibir de ti algo que no fueran sino madrizas y apañones. Sólo a ti te divierte estar en este lugar —el tuertorevienta en cólera diciendo esto. Los demás vagabundos lo calman.

El tronido de la puerta nos pone buzos caperuzos. Incluso el nuevo despabila de su dulce sueño. Vemos al mismo gendarme entrar con escobas, baldes y franelas.

—¡A hacer fajina, marranos!

Y así como lo ordena, nos ponemos de pie, excepto el nuevo, quien permanece sentado al filo del camastro, restregándose las mejillas, sin quitarle la mirada de encima al chico del ciempiés.

—¿Soy o me parezco?

—Pos eres y te pareces, ¿cómo ves?

El gendarme interviene en la gresca, obligándolos a ponerse los zapatos. Por mi parte, aprovecho el momento de distracción para llenar mi cubeta de agua, atragantándome con la resequedad y el ardor de mi lengua. Sin saciar aún la sed, el gendarme me acomoda un toletazo en la pantorrilla. Dice en tono suave:

—La cubeta no se llena sola, hijito.

Transcurre media hora, terminamos de trapear la celda, es decir, de embarrar la mugre que hay en la celda. Otra vez el rechinido de la puerta anuncia la visita del gendarme. Esta vez asegura que estamos de suerte, que el comandante no está en turno, que nos asolearemos mientras lavamos las patrullas.

Afuera, el viento refresca mi cuello, mi espalda, he transpirado como nunca. Ver la calle, del otro lado de la verja, me hace pensar en casa, en todas las veces que mi madre me dice que no me meta en problemas, que ya deje eso de andar pintando las paredes y me ponga a buscar empleo.

Vuelvo a la realidad. El gendarme indica cuál es la patrulla que debo lavar. Dice que al parecer encontraron otras pintas mías por las calles, que así como él ve la cosa, lo

más probable es que me lleven a la Grande cuando llegue el comandante. Me han alejado de mis compañeros de celda, como para asustarme todavía más.

Mientras llevo a cabo la faena, observo con cuidado los flancos ciegos del estacionamiento. Imaginando en lo posible cuántas probabilidades tendría de escapar en caso de intentarlo. Pero también sé que es arriesgado, con desearlo no conseguiré nada. Quedarme otro día en los separos, debido a un intento de escape, no es algo que me entusiasme realmente; aparte de la madriza que me darían los polis y otra mancha en el expediente una vez me lleven al ministerio.

Hay dos guardias en la entrada del estacionamiento, también un perro rottweiler mirándome fijamente. Del otro lado, en una torreta de guardia, una mujer policía vigila con prismáticos a mis compañeros. A un costado del patio principal se elevaba el edificio blanco del ayuntamiento, imagino que, si llegase a cruzar la verja, el primer rumbo por el que optaría huir sería ese, pues la torreta queda oculta y fuera del rango de visión. El mayor problema es salir del estacionamiento sin ser notado. Imposible.

Veo a Montoya acercarse con una cubeta, haciéndome unas señas que no comprendo en un principio. El perro le ladra al verlo pasar, Montoya le mienta la madre. Detrás de él, una patrulla enciende las sirenas como en señal de que abran el enrejado. No puedo evitar asomarme hacia la calle, percibirla como un mundo ajeno, otro mundo donde los niños salen de la escuela, y las amas de casa los esperan, parloteando, entre los puestos de globos y dulces. Montoya grita:

—Enjuaga aquí la franela, flaco, nomás no bebas de esa agua que está toda puerca.

Y entonces qué... ¿Ya sabes cuál es el miedo universal?

—No, ni pienso en eso, créame.

—La libertad, flaco, la libertad. Piénsalo bien, que hoy todo se resume a eso, ¿a poco no?

Noto, con cierta perplejidad, la manera con que Montoya comienza a carcajearse al pronunciar esas palabras, un repentino escalofrío me recorre la espalda. Le lanzo la franela, volando sobre el techo de la unidad y algo sorprendente sucede, correspondiendo a una serie de acontecimientos:

Primero Montoya afianza la franela con una mano, luego la resonancia de un golpe se escucha desde el otro lado del estacionamiento y, cuando ambos levantamos la vista, el nuevo y el chico de la cicatriz se están madreando durísimo, cada uno intentando derribar al otro de un solo golpe. El policía que cuida a mis compañeros, en un intento desesperado por separarlos, cae al suelo. Esto provoca las carcajadas del grupo. Montoya da media vuelta y corre hacia donde se efectúa la pelea, los guardias de la puerta le sueltan al rottweiler. El perro alcanza a Montoya.

Pero he aquí el evento más inusitado de todos: los policías que van en la patrulla, misma que en esos momentos ha cruzado la puerta corrediza, no se percatan de nada y aceleran sin voltear atrás; más gendarmes salen del edificio, todos intentan someter a los jóvenes. Estos, a su vez, se han unido para defenderse de los policías que los agreden.

No sé cuántos segundos parecen transcurrir, antes de recapacitar las palabras más misteriosas que he escuchado hasta entonces. Montoya diciendo: “El miedo universal es la libertad, hoy todo se resume a eso”.

Salgo caminando sin precipitarme. De inmediato intento confundirme entre los niños y las amas de casa. Nadie nota mi presencia. Voy haciendo el recuento de las pertenencias que he cotejado en los separos; cuando me apañaron no llevaba conmigo más

que un conjunto de llaves, tres latas de pintura aerosol, veinte pesos en cambio. Lo único que lamento es haber dejado las agujetas de mis botas, pues me resulta difícil correr así.

Una vez lo suficientemente alejado del ayuntamiento, entro a una cocina económica; sigo teniendo sed. Le pregunto a una mesera si me puede obsequiar un vaso de agua, me mira las botas sin agujetas con cierta inquietud, luego detalla mi rostro e imagino que la pestilencia que despidió debe turbarla aún más. Ella también me niega el vaso con agua. Una vez afuera me pregunto: ¿qué clase de libertad es esta?

Nívea ruptura

Después de fumarme el mañanero y escuchar una canción de The 13th Floor Elevator's, decido ir a buscarte. Ya nada es lo mismo, lo confieso. Y antes de que el orgullo nos termine volviendo insoportables, prefiero exponerte los detalles de mi reciente decisión: romper contigo. Sabes que la sinceridad en mí parece un defecto. *You're gonna miss me / You're gonna look around in your mind, girl / You're gonna find that I'm gone*. Si supiera que existe una razón para no decir adiós, ni siquiera lo pensaría; hubo ocasiones en que incluso yo creí tener una maldita oportunidad. Nada ha cambiado.

Rehúso permanecer al filo de esta incertidumbre, el insomnio parece inmortalizar un recuerdo tuyo, insultándome, llorando; hoy sé que al reconciliarnos es sólo para hacernos más daño. Me alejé bastante de mi familia. Antonia dice que me veo incluso más deteriorada. Lo peor es el oficio que desempeño, ese oficio que todavía desconoces y el cual me convierte en escapista. Todavía necesito verte, nena, te ansía la electricidad de nuestras pieles arrojando destellos bajo las sábanas, después escaparé, tendré toda una vida para escapar.

Antonia siempre me recrimina porque escucho canciones extranjeras si no les entiendo nothing; pero se equivoca, las comprendo más de lo que a ella cree llegarle César Costa o cualquiera de esos cantantes cursis que andan a la moda. Todos los idiomas habitan en el alma. Por eso sé que a través del rock te conocí y ahora me preparo para enfrentar el inevitable rompimiento con mi origen. No seremos la primera pareja del mundo que termina, logro comprender esto con un solo de guitarra.

Me pongo en cuclillas al filo de la ventana del patio trasero, procurando que la Jefa no me cache, obligándome a ir a la fábrica —después de dos semanas de ausencia—. Radio Centro emite información de último momento: “Si van a salir, estimada audiencia, les recomendamos tomar precauciones. Hoy la ciudad ha amanecido de blanco. Como lo oyen: una tremenda nevada nos ha sorprendido mientras dormíamos. Las escuelas están cerradas. Varias arterias del sur de la ciudad presentan accidentes vehiculares y congestionamiento; las autopistas, tales como la México-Cuernavaca y la México-Puebla, sufrieron deslaves, por lo que han sido bloqueadas. Si se dirige con dirección a... le recomendamos que...”. No quiero oír más. Salto de mi ventana.

Mis manos azotan sobre la blancura, nada evita el hundimiento de mi cuerpo en una alfombra dolorosa. A lo largo de la calle, Antonia y sus amigas juegan a lanzarse bolas de nieve. Yo nunca he visto la nieve, pero tampoco me parece algo de otro mundo.

—Ey, ¿a dónde, a dónde? —Antonia siempre me alcahuetea, cubre mis espaldas con lealtad, aunque con frecuencia nos estemos maldiciendo. Ella no revela mi llegada a casa. Yo tampoco le cuento a mi madre el tipo de fichita que es su novio; existe tolerancia entre las dos, siempre y cuando ninguna rompa el acuerdo.

—Voy de prisa, ahorita regreso. Si la jefa pregunta, dile que no llegué a dormir —le voy diciendo, caminando de espaldas, no oyendo nada más que la nieve crujir bajo mis botas. Los dedos se me entumen y, debido al viento, el pantalón de mezclilla se adhiere a mis muslos.

Pienso en ti dedicada a los números, a las ecuaciones, a los microbios, a las cantidades mol y candela, a los procesos químicos de fórmulas que algún día van a poner el pan sobre tu mesa, literalmente. En cambio yo, me dedico a ganar ese mismo pan de manera muy distinta; cada quien explota sus atributos como puede. TheWho suena en mi mente, sin

necesidad de aparatos para escucharlos. Cruzo la colonia bajo el influjo del bajo de John Entwistle: *Run runrun*.

Pero al salir de la colonia topo con un Internacional volcado a un lado de la carretera. El montón de mirones dan la apariencia de estar preocupados por la situación cuando, en realidad, el que se haya descompuesto el camión significa para ellos un día de asueto. Lo que es peor: desde la esquina distingo al badulaque Jais y a la Maple Pelirroja, mis colegas de golpes.

—¿Ora qué traes, por qué tanta prisa?

—Voy a un mandado.

—Sí, como no —dice la Maple Pelirroja—, de seguro ya te peleaste de nuevo con tu chancla.

—Estás densa, mírate nomás la cara que traes, cuñadita —me dice el Jais—. No vayas tan rápido, vas a perderte el espectáculo —me guiña un ojo, masticando, apuesto, el mismo chicle desde hace días. En las inmediaciones hay varias patrullas y una grúa de remolque, haciendo exhaustivos esfuerzos por enderezar el camión. No hay heridos.

—Llevo prisa, no puedo quedarme...

—No haga iris, tranquila —cacarea el Jais, obstruyéndome el paso. A veces sólo busca pretextos para tocarme—. Tenemos un jale. ¿No le atorras?

—¡Me están vacilando! No les creo.

—Es en casa de unos primos que tienen billuyo—dice la Maple Pelirroja susurrando, como si los policías alcanzaran a oírlo—. Hoy salieron de la ciudad, desde temprano.

—¿Y cómo le vamos a hacer para entrar, mensa? ¿Apoco traes llaves?—le pregunto sin emocionarme ante la oportunidad de dar un golpe fácil.

—Hace una semana pasaron a la casa —comenzó a susurrar la Maple Pelirroja—. Le propusieron al holgazán de mi hermano irse a Veracruz, que ahí había trabajo en unos naranjales y ganaría billete limpio. Me tomé la libertad de ir a su casa ayer por la noche, dizque a despedirme de ellos. Y mientras cenábamos, vi la oportunidad de escaparme al baño. En vez de eso subí al desván y le quité el cerrojo al tragaluz.

—¡Bien hecho! Si nomás tienes la cara, flaca —le dice el Jais, besándola muy cerca de los labios.

Sin estar del todo convencida, los tres caminamos por el parque Cafetales. La nieve hace ver los chopos más monstruosos que de costumbre. Donde solía haber abundantes áreas verdes, pequeños jardines con glifos, ahora esplenden bajo la bruma mañanera los arbustos de vallas tóxicas y colorines despojados de sus flores. Nos rebasa una ruidosa ambulancia. Al parecer, un canal se desbordó allá adelante. Para llegar a nuestro destino, tenemos que dar vuelta en la siguiente cuadra, donde el nivel del agua nos llega hasta las rodillas. Se vuelve insoportable caminar así, abriéndonos paso a través del deshielo; sin embargo, es peor quedarse inmóvil, esperando a que la piel nos arda.

Descansamos un momento. Lejos de la inundación esperamos desentumirnos. Nuestro ánimo no se conturba, al contrario, alimenta más nuestras malas intenciones. Será un golpe de gloria. Tan fácil como entrar, coger lo que venga a mano, salir; luego ir a buscarte.

Brincamos una barda de ladrillos, con la ayuda de una robusta higuera que mete sus ramas a unas obras negras. Desde el otro lado puede verse el Cerro del Ajusco, moteado de blanco, adormecido entre la niebla silenciosa. Escucho un perro ladrando a la distancia, mas no lo veo. Seguimos al badulaque Jais a lo largo de la azotea, trepando por unas varillas oscilantes que rebasan la altura del castillo revestido con alambre. La Pelirroja

resbala y es gracias al Jais que, agarrándola del brazo, logra incorporarse. Con mi hombro, empujo sus nalgas hacia arriba; pobrecilla, casi ni tiene.

—Esto está bien resbaloso, chingao.

—Ponte buza, que te cobran como nueva —le dice el Jais.

Invadimos otras tres azoteas a salto de gato pinto. La gente sigue apendejada con la nieve allá abajo. Nadie nos nota pasar. Apenas me doy cuenta, hace un frío espantoso. Miro hacia atrás, intento divisar tu casa. Miro hacia el cielo, intento comunicarme contigo. *Ceiling is the sky / You're the sun and as you shine on me / I feel free*. Tarareo esta canción de La Crema como si nunca antes la hubiera entonado, porque parece tan real ahora mismo, tan lejos. Sin ti es que pienso en nuestra relación, en todo lo que debimos pasar para darnos cuenta del fracaso que somos; pienso en el rock y en esos estudiantes melencólicos que andan armando barullo por doquier; creo en el amor a la música como en ti misma, doy gracias por ambas experiencias cada que despierto. La Maple me pregunta quién canta la canción que bisbiseo, yo le traduzco el nombre de la banda y ella pone cara de mensa. Me reconforta saber que si estuvieras aquí, cantarías conmigo.

Llegamos a la azotea indicada, donde hay cuatro tragaluces en forma de pentágono. La Maple nos señala suspicaz cuál de ellos ha dejado entreabierto una noche anterior. El Jais se asoma hacia la calle discretamente, por si alguien pasa. Nadie. Abro el tragaluz y entra primero la Maple. El Jais y yo esperamos a fuera. Encendemos un cigarro. Ninguno de los dos soporta el frío.

—Ayelén, he estado pensando mucho en ti. ¿Sabes?

El tono con que comienza a hablar el Jais de pronto se vuelve tierno, hasta el punto de asustarme.

—Me gusta mucho Antonia, la quiero un chingo, pero tú eres una morra más especial. Sabes bien lo que quieres, no te dejas de nadie y haces tu voluntad, incluso poniendo en riesgo la vida. ¡Míranos ahora en dónde estamos! Aunque digas que te gustan las niñas, no importa. Apuesto a que nunca has estado con un hombre de verdad.

Con una sugerente colocación de dedos, intenta describir las dimensiones de su pene. Yo quedo petrificada. Al no responderle, continúa:

—Un día, no sé... podría pasar a verte, espérame en tu cuarto y deja la ventana abierta. No haremos ruido. A ti te hace falta convertirte en mujercita. Verás que conmigo el asunto te terminará gustando.

En ese instante aparece Maple Pelirroja. Nos da la señal. Mientras avanzamos hacia el tragaluz estoy a punto de golpear a este imbécil, empujarlo de la azotea, nada me lo impide; pero de inmediato me contengo. Caigo en cuenta de que no tiene sentido, que así es el Jais: el típico ratero que no sabe medir sus palabras, verdaderos cabezas duras, que terminan muertos a muy temprana edad.

Cuando entramos a la casa, siento luego luego calorcito. Las palabras del Jais han ensombrecido mi frenesí; no entiendo por qué estoy aquí y no en tu casa, debería estar a tu lado, fingiendo olvidar las constantes peleas que sostenemos. Me repito varias veces: no robaré nada de este lugar, no robaré nada, ya no voy a robar. Maple Pelirroja se pone a husmear en las alacenas, abre el refrigerador en busca de algo comestible, mientras relata una serie de peleas ficticias que sostiene cada mañana con sus padres. Por increíble que parezca, el Jais ha permanecido distante, parece que ni siquiera existimos para él; buscando collares, cadenas, alhajas, algo brillante que pueda cambiarle al Rengo Patricio por unos cuantos pesos.

Voy escuchando música por todas las habitaciones, del jardín a la biblioteca, del baño al vestíbulo, vengo a dar la vuelta por el jardín y me llama la atención que la piscina esté tapizada de hojas muertas. *I can hear the grass grow, I can hear the grass grow / I see rainbows in the evening*. Incluso los rincones más oscuros de mi alma han sido trastocados por el rock. Sólo al llegar al lobby encuentro lo que puede llamarse un botín digno de echar mano. A mis pies, sobre unos taburetes, veo una colección de vinilos importados, entre los que destacan The Beatles y sus álbumes *Help!* y *Please Please me*. Esos ni tocarlos. En seguida aparece *Great twenty-eight* de Chuk Berry. El siguiente es un disco que tiene como portada el rostro de un güerejo rollizo y sonriente, titulado Bill Haley & Comets. Pero el que indudablemente debo llevarme es el disco *Out of our heads* (edición estadounidense) de los Rolling Stones. Ese ni tú lo tienes. Podría ser el último regalo de mi parte, el detalle de nuestra despedida. *Well this could be the last time / this could be the last time / maybe the last time / I don't know... Oh no*.

Mientras reviso una vez más la discografía que poseen los primos de la Maple Pelirroja, el Jais irrumpe en el lobby. Me pone de pie con un violento tirón y apenas logro mantener bajo el brazo el disco de los Rolling Stones. Corremos a lo largo del vestíbulo, subimos en un santiamén las escaleras por donde entramos. Su rostro refleja un miedo permanente.

—¡Llegaron los primos, vámonos a la chingada! —y como si aquellas palabras estuvieran ahorcándolo, sus ojos sobresalen de las orbitas.

Subimos al desván. Pateamos el tragaluz. La Maple Pelirroja no aparece. Sin esperarla siquiera un minuto, nos dirigimos en dirección a las obras negras. Bajamos de nuevo por los castillos revestidos de alambre. Una vez pisamos la acera, nos perdemos por

los andadores y regresamos a las riveras de la inundación, donde al parecer el tránsito ha vuelto a fluir.

—¿Dónde dejaste a la flaca, Jais? ¿Dónde está la Pelirroja? —le preguntó, intentando recuperar el aliento.

—No sé, yo estaba en la biblioteca cuando entraron. Oí la perilla de la puerta girar. Luego escuché una voz que no reconocí. Por suerte te encontré en el camino, sino ahí te hubieras quedado, ñadita. ¿Qué sacaste?

Le muestro el vinilo.

—¿Sólo eso? ¿Nada de valor?

Él me muestra anillos, collares, esclavas, dos perfumes y unos cuantos cubiertos de plata. Todo lo trae envuelto en el suéter.

—Acompáñame a cambiar esto con el Rengo Patricio y te disparo una torta.

Acepto la invitación del Jais. Ahora da el aspecto de estar más interesado en deshacerse del botín, que en cualquier otro propósito conmigo. Después de tener algo en el estómago podré ir a verte, por fin. Caminamos rumbo a la numismática del Rengo Patricio, el único adulto al que le tenemos confianza de no rajarse con la chota.

Mientras esperamos frente a las cortinas del negocio, oímos varias ambulancias y patrullas deambular por las inmediaciones. La nevada resultó ser mortífera a estas horas. En las droguerías no se dan abasto con el medicamento, mucha gente cayó fulminada, incluso algunos aseguran haber visto muertos a la orilla de la carretera. No se me ocurren más canciones con que recordarte, he visto pasar varios convoys provenientes del heroico colegio militar y ninguno ondeaba la bandera de la cruz roja. Pienso en Leonard Cohen, pienso en Bob Dylan, pienso en sus vinilos que aún no tengo en mi colección. ¿Qué habrá pasado con la Maple Pelirroja? ¿Nos irá a delatar? ¿Por qué tarda tanto el Rengo Patricio?

¿Habrá sido otra víctima de la nevada? El Jais y yo, testigos de la situación, somos un par de granujas solapados bajo el desconcierto de la gente, viéndola correr de aquí para allá, ayudando a los damnificados.

De pronto, una patrulla se detiene del otro lado de la avenida. Los policías nos miran. Nos señalan. O eso creo ver de reojo. Un inevitable pensamiento cruza por la mente del Jais y lo propone, a pesar de estar paralizado por el miedo:

—Finjamos que somos novios, Ayelén, tal vez podamos despistarlos.  Ya, rápido, t mame la pierna! —dice, mientras afianza mi mentón con un arrebato que parece otro de sus hurtos. Los policías están acercándose a nosotros, no queda la menor duda. Al mismo tiempo el Jais intenta besarme, escucho los gritos de la Maple Pelirroja en algún sitio. El imbécil del Jais incluso cierra los ojos, como si de veras estuviera disfrutando del momento. Con el primer golpe que recibe en la quijada deja caer las alhajas y los cubiertos. Estira sus manos hacia mí, queriendo controlar mis puñetazos, pues no he dejado de golpearle, como si me estuviera golpeando a mí misma, desquit ndome de todo lo que me he hecho. Ahora lo sé, será imposible ir a verte, regalarte un vinilo importado; no tengo remedio. Dos manos me sujetan, una de cada hombro. El Jais sangra por la nariz, culpa de ello a los policías y se retuerce en el suelo, riéndose como un desquiciado, creyendo que así podr  librarse.

Pan francés

No existe forma de registrar las horas que he desperdiciado en ir a buscar al doctor Mauro Carrejo, mientras Atalia continúa en cama, bajo la penumbra, detallándome las visiones de la fiebre; hoy la eternidad parece insignificante, puedo jurar que no existe. El fuego del candil trepida frente al retrato de nuestra boda, tornándose en brazos un montón de sueños juveniles. Me es imposible dormir, culpándome de no haber hecho lo que debí hacer en el momento oportuno. Nuestra pequeña hija, a pesar de todo, duerme y eso me reconforta. No puedo cerrar del todo los párpados al intentar imitarla, me tiemblan, como negándose al cansancio, queriendo ver más allá del abominable techo y las cucarachas moviéndose en la oscuridad. Un segundo con los ojos abiertos basta para echar a perder las dos horas que he intentado dormir. Atalia se queja. A veces sus quejidos despiertan a la niña.

Sentado o derrumbado en este sofá, roído por el resplandor y el silencio multiforme de la calle, voy fraguando una idea como suelen tramarse las más infames: sin previo aviso, en contra de nuestra voluntad. El desconuelo me confunde, no hay otra explicación. No debería ni imaginarlo.

Despierto más tranquilo, de una siesta que habrá durado a lo mucho dos horas. Mi esposa tiene mejor semblante esta mañana, toma con nosotros el desayuno y come despacio, sin agitarse. Me pregunta si he escrito algo; yo no logro levantar la mirada del plato. La niña, en cambio, está adorable, devora su pan francés y un pocillo de avena con tantas ansias que me destroza por dentro. Dice que debo recomendarle algunas lecturas antes de partir al trabajo; le gustan los cuentos. La radio por primera vez predice portentos climáticos

favorables. Este día posee mejor matiz conforme avanza. Atalia podrá salir al balcón a tomar el sol después de todo.

Salgo con quince minutos de anticipación. Antes he dejado todo listo en casa. Le encargué leer las fábulas de Esopo a Margarita. Besé a mi esposa en los labios, después de mucho tiempo; así adquiriré la fuerza suficiente para salir a la calle.

Hasta ahora he caminado como un alucinado, un extranjero que no comprende la voz de su ciudad. Por primera vez me atrevo a caminar entre la multitud, puedo soportar que ésta me devore. Todo parece ilustrado, cómico. No opongo resistencia a desaparecer. Planeo dos artículos para el periódico, con una facilidad tan asombrosa que tengo que ir anotando mientras camino. El dinero que ganaré escribiéndolos quizá me libere del pensamiento que me ha estado rondando hasta ahora.

Del otro lado de la puerta giratoria se encuentra Rogelio, guardia en turno del Primer Banco Nacional, puntual y con calzado impecable, su uniforme recién planchado. Yo no tuve tiempo de cambiarme, sigo con la misma corbata manchada, el saco sin botones, desde hace una semana.

—¿Qué tal va todo, Roy?

—Bastante bien, muchacho —contesta y extrae un libro de los bolsillos—, acabo de terminarlo. Siento no habértelo devuelto antes.

Deposita en mis manos un Ambrose Bierce, que no recordaba siquiera poseer.

—Si te ha gustado tanto como dices, Roy, puedes quedártelo, tengo otro en casa.

Sonríe y me agradece el gesto con una palmada en el hombro.

El tiempo es un coloso inamovible, pero que si lograra parpadear, lo mismo equivaldría nuestra vida entera. Capaz de destruir hasta las más arraigadas virtudes ante los ojos

humanos, así es el tiempo. En cambio, si parpadeo ahora mismo estoy seguro que caería dormido. Ignoro exactamente qué carajo sucedió aquí. Mientras contemplo la larga fila de clientes esperando ser atendidos, cada uno acosándome con sus respectivas prisas, sin mirarme siquiera. Mi rutina es la de endosar cheques, traspasar cuentas exorbitantes a cuentas aún más exorbitantes. Por mis manos pasan miles de billetes ajenos, cada minuto soy testigo de cómo se saquea el Primer Banco Nacional, de cómo se saquean nuestras mesas, peronada puedo hacer contra eso, como tampoco existe remedio para una enfermedad como la de mi esposa o el hambre de mi hija; es vergonzoso. Tanta lucidez me desploma de repente y termino por aceptar que ya lo veía venir. ¿Por qué no entra un ratero por esa puerta? Hoy volvería a vivir si me apuntaran con un revólver en la cara.

Porque estoy seguro de que llevo más de tres horas en el cumplimiento de mi deber. Firme y deforme, exhausto, hambriento, experimentado esa misma eternidad que ayer había negado que existiera. No sé quién era yo cuando salí de casa, recuerdo que me sentía estupendo, aliviado de ver a Atalia desayunar y a Margarita leer. Pero aquí todo es distinto, con estas exuberantes mujeres y sus perfumes Fauburg de Hermes; los regaños de Melho, el gerente, hasta el cogote de las estupideces que a cada rato cometen mis compañeros; el dinero ajeno corriendo entre mis manos, el reclamo dentro de mi cabeza, repitiendo una y otra vez la misma idea.

Después de ocho horas en el banco, no me restan energías para escribir los artículos que había planeado. Releo las notas que escribí esta mañana. Por aquel entonces me parecían extraordinarias, ahora me deprimen. Por si fuera poco, Atalia recayó. Dice Margarita que no ha parado de toser desde hace horas. La niña me ve quemar las notas, apretar mis puños. Sabe que no maldigo cuando ella está presente, y se tapa los oídos en un

gesto solidario. Es sorprendente su madurez, su inteligencia. Cuando la vida es difícil para los niños, sus espíritus se vuelven inquebrantables. Margarita me reseña las fábulas que ha leído, no sin parafrasear algunas de las moralejas más importantes. No he llorado sólo porque tocan la puerta y debo hacer el esfuerzo por atender.

Se trata de un viejo amigo a quien Margarita llama tío. Riso Vagliani, parnasiano. Pronto se instala en la mesa, donde deposita una bolsa de papel con varias provisiones, entre las que destaca un excelente vino riojano —anhelo darle aunque sea un sorbo, pero le prometí a mi hija no beber por un mes—. Riso nos prepara una cena formidable: puré de papa, macarrones con queso y salchichas bratwurst azadas. Atalia lleva rato sin toser, eso influye muchísimo en mi ánimo.

Cuando la niña se va a dormir nos hundimos en la penumbra, frente a la ventana entreabierta que da hacia la calle, miramos atravesar el humo del cigarro que compartimos. Riso destapa entonces la botella de riojano, ambos temblamos para entonces. Nos arremolinamos en el silencio, agazapados cada quien en el mismo pensamiento ansioso, sin que ninguno sea capaz de hablar. Apago el cigarro a la mitad, para que el olor no llegué hasta la recámara.

—Sid, carajo, cada día está peor —dice Riso, resoplando. Por mi parte me empino la botella, hasta quedar aturdido—. ¿Qué dice el doctor?

—Lo mismo de siempre, que no hay cura, sólo drogas muy caras, drogas que no puedo comprar. Riso, cielos, si se tratara de diagnósticos o sermones, ya la hubiera curado yo mismo; hubiera logrado escribir algo, a ella le encanta oírme teclear en la máquina. No necesito ser un genio para comprender que va a morir.

—Me apena, mucho, Sid, sabes que haría cualquier cosa...

—¡Yo temo hacer una tontería! Siempre hice lo correcto y mírame ahora.

—¿Sabes algo de los padres de Atalia?

—Nos envían a veces dinero, el suficiente para ir a la farmacia, hacer algunas compras, comer dos veces al día, comprar libros, calzar a la pequeña.

—¿Has escrito algo, no sé, una nota siquiera? En el periódico te echamos mucho de menos, incluso el jefe, aunque a menudo te maldice.

Encendemos otra vez el cigarro, cada quien le da sus respectivas bocanadas y lo volvemos a apagar; disolvemos el humo en los pulmones, conteniéndolo.

—No tengo nada aún, a veces sueño despierto, divago en ideas inconexas, distinciones de la telepatía funcional, luego todo termina siendo disímil, confuso, un arranque sin ritmo y colmado de errores. Abandono cualquier proyecto en cuanto lo empiezo. ¡Y luego esos malditos tosidos! No he pegado el ojo en días, la falta de alcohol me mantiene con las mandíbulas tensas. Y ese puto banco... Ya no lo soporto.

—No quisiera saber qué traes en mente —insinúa Riso, aferrando la botella, que brilla como un camaleón entre sus manos—. Soy tu amigo y por eso sé que jamás harás lo que te aconseje, no puedo detenerte si ya has tomado decisiones. Pero contáctame si llegas a meterte en líos, ¿entiendes, Sid? No te hagas el lobo solitario en esto, no te queda. Estás rodeado de gente que te aprecia, sólo haz lo que tengas que hacer.

Hablamos tendidamente de sus viajes por Europa, no volvemos a tocarel tema de mi esposa. Al acabarse el vino, siento cómo la sangre me vuelve a hervir, mis músculos recobran la vitalidad necesaria. Sé que gracias a esos tragos hoy dormiré como un ángel. Me levanto con la agilidad de un jovenzuelo. En la puerta, Riso me clava una mirada, como quien procura no arruinar la amistad repitiendo lo mismo.

—Cualquier lío y te comunicas conmigo, Sid. ¡Promételo!

—¡Okey! —digo al cerrar la puerta.

Me desplazo en la penumbra, cruzo el pasillo y cobijo a la pequeña. Duerme con un tomo ilustrado de Frances H. Burnett bajo el brazo, le beso la frente, cerrando los ojos, aunque no haya ni un halo de luz en la habitación, la remanencia multicolor anuncia posibles sueños tranquilos. Pero los tosidosfrenéticos de Ataliacomienzan de nuevo. Al entrar en la habitación descubro sobre los cobertores una enorme mancha de sangre. La niña despierta, llora. Debo telefonar a Mauro Carrejo.

Estoy tentado a no volver al banco. El doctor Mauro acudió en cuestión de minutos con una ambulancia. Inyectó su pierna dos veces. Ahora estoy endeudado hasta la coronilla, son cuatro las consultas domiciliarias que no le he pagado.

Esta vez ni el desayuno preparé, no le recomendé ninguna lectura a la pequeña, no me aseeé ni me afeité, estoy en el hospital del condado, doliéndome por primera vez el amanecer, sé que nada cambiará a lo largo del día. Salgo con el pretexto de irme a trabajar, no soporto el aroma a penicilina. Camino despreciando a todo aquel que encuentro en mi camino. Un limosnero me tiende la mano y tengo ganas de patearlo, robarlo, llevar unos centavos a casa; sí, soy capaz de darme la espalda a mí mismo, incluso soy capaz asaltar sin arma a un transeúnte. Antes de continuar con ese plan.

De nuevo estoy mirando la larga fila de clientes, ahora hablan de sus próximos viajes a París; de susreservaciones en el St. Regis para este fin de semana; de los novedosos accesoriosChanel que compraron en tiendas exclusivas; sobre los juveniles bolsos Marc Jacobs colección otoñal que consiguieron con tres meses de anticipación; de la nueva línea de fragancias Azzaro que según arrancan miradas y sus pasteles decorativos forjados en reposterías Hugo &Victor: ninguno de ellos comprará ese pastel para comérselo, sino para congeniar con los invitados. Los gritos del gerente Melho resuenan a poca distancia de

donde estoy, su aliento pestilente, inspira en mí las ganas de madrearlo. Me gustaría tener menos escrúpulos y más pretextos, uno al menos me bastaría para renunciar, para abandonar este empleo.

Una mujer de avanzada edad, piel mortecina, arrugas excesivas y mirada encharcada, exige de inmediato mi atención. Es la única hasta ahora que se digna a mirarme; es más, busca mi mirada con suma insistencia y dice algo sobre Dios y la creación, y que el padecimiento del hombre está justificado con la gloria del paraíso. ¿Por qué lo hace? ¿Qué ve en mí? ¿El banco le parece el sitio ideal para mencionar a Dios? Estoy a punto de gritar, cuando escucho que continúa:

—Este mundo lo vivimos como necesidad de nuestras almas por expresar su padecimiento. Es una ilusión del saber puro e ilimitado, al cual nunca vamos a acceder.

Me limito a escucharla, como si estuviera siendo regañando por un sueño.

—No hay virtud que no sea recompensada, todos aquellos que han sufrido volverán convertidos en soldados. Pero si el hombre desvía su camino, nunca podrá encontrar la luz de regreso. Aunque la noche no durará para siempre...

En ese momento, contradictorio como ninguno, extiende un fajo de magnos billetes verdes, cuarenta mil grandes que quiere depositar a una cuenta en Hawai. Me mira sonriente, esperando a que le pregunte el número de cuenta. Sus ojos me provocan repulsión. Su mano está tan pálida, que las venas se le remarcan debajo de los anillos de oro. ¡¿Por qué tuvo que pasarme esto?! Mis intenciones no son buenas, puedo jurarlo, y sin embargo, esa mujer representa mi simulación, un doble fraude dentro de otro fraude, la razón por la que no he renunciado y continúo en el banco todavía. Tecleo; necesito ganar tiempo. La vieja sonrío al escuchar el nombre de su familiar que radica en Hawai, al corroborar que apareció en el registro. Me detengo un instante. Las palmas de mis manos

sufren una rara sensación de vértigo. Tecleo una cantidad de dos dígitos. Le entrego el oficio, ella lo firma sin leer; esta gente nunca verifica sus talones de depósito. Está hecho, me he condenado.

—Qué Dios te bendiga, muchacho —dice mientras se da vuelta y desaparece entre la multitud.

Hace un calor tremendo. He entrado a la cava del infierno sin moverme una sola pulgada de mi asiento. Pero logro desatornillarme sin demora. Estoy comenzando a ser consciente de lo que hicemientrascamino hasta la oficina de Melho, atravesando el pasillo de la gerencia. Al entrar me contempla sorprendido. Debo traer una cara que ni yo mismo reconocería.

—¡Renuncio, engendro de pacotilla! ¡Me oyes! ¡Estoy renunciando!

—¡Sidnelín, no puedes renunciar sin previo aviso! Si me hubieras avisado con una semana de anticipación tal vez...

—¿No entiendes estúpido? ¡Renuncio a tus anticipaciones! ¡A tus itinerarios!

—No puedes irte así nada más, hay formularios que llenar... ¡Seguridad! ¡Seguridad!

—Sólo eso me faltaba, que no me dejaras renunciar a mi propio empleo. Soy un hombre libre, Melho, ¿captas? ¿Lo captas?

El guardia Rogelio entra, me ve convertido en una bestia. No sé si por respeto o estimación no me ha puesto la mano encima, ni me obliga a salir del despacho. Yo me anticipo y cierro la puerta de la gerencia con calma, no quiero ser delatado en breve, menos por un escándalo menor. Camino hacia la fila, recojo mis pertenencias. Un regordete me pregunta a qué hora lo voy a atender.

—Guarda tu dinero bajo el chiquero donde duermes.

Es asombroso cómo un gigante, un magnate de esta complejidad puede ser fulminado con un simple juego de palabras. Queda mudo, indignado de que alguien como yo no acate sus órdenes.

Salgo por la puerta principal. Roy no me revisa, todavía está asombrado por mi actitud y se despide dándome otra palmada en la espalda. Los pantalones me pesan al cruzar la avenida.

Paro frente a un teléfono de monedas a cinco cuerdas del banco. Es increíble, tengo el cambio exacto para realizar una llamada.

—¿Riso? Está hecho... Sí... Ve al departamento, saca a Margarita y llévala contigo; la portera la cuida por ahora...La niña te reconoce ebrio o sobrio, no te preocupes por tu aspecto. Atalia ayer recayó, está internada en la clínica del estado. No hay tiempo para explicarte... Apresúrate. Voy para tu casa.

Con el auricular aún en el oído, después de que Riso ha colgado, me suelto a llorar.

Al reponerme, voy de compras a la ciudad. Entro a una librería y compro varios títulos que hasta ahora sólo había añorado, escondiéndolos en sitios estratégicos para que nadie más los comprase hasta contar con el suficiente dinero. Visito las carnicerías, las recauderías, las confiterías, las panaderías, compro provisiones como para una larga cuarentena. Deambulo por los suburbios, cerca del hospital, la paranoia no me deja tranquilo, oigo conversaciones que inevitablemente parecen girar en torno a mí. La situación en la que me encuentro me supera por mucho. Me dirijo corriendo hacia el consultorio del doctor Mauro. Me recibe su hermosa asistente, convenciéndome de dejar las bolsas en un rincón de la estancia, pues me

aferro a ellas como a un tesoro invaluable. Para calmar todo tipo de sospecha le obsequio un chocolate; yo también devoro algunos.

El doctor me atiende enseguida. Entro a su consultorio lamiéndome los dedos. Me habla sobre el estado de Atalia. Observo los cuadros a sus espaldas, reconozco el buen gusto del doctor, que a su vez me mira asombrado, pues no he dejado de depositar billetes sobre su escritorio.

—¿Se sacó la lotería, señor Sidnelín?

—Nada de eso, la editorial por fin compró una de mis obras.

—Me da mucho gusto saberlo, siempre creí que una oportunidad así le iba a llegar tarde que temprano, es usted un gran escritor como para desperdiciar su talento en esos periódicos.

—Gracias. Pronto tendrá un ejemplar del libro, se lo haré llegar sin falta. Esto es para que no descuide a Atalia, quiero que le brinde una atención óptima.

—Hombre, ¿pero cuándo no ha sido así? No lo hago por dinero, usted lo sabe. Yo seguiré atendiéndola de la mejor forma posible. Pero dígame, ¿es esto una especie de despedida?

—Me temo que sí, doctor, debo presentar mi libro en Londres mañana al medio día, con suerte tomaré el próximo vuelo.

—Me sorprendemuchísimo su situación, señor Sidnelín. Hoy por la madrugada su esposa sufrió una de las crisis más fuertes y ahora está usted aquí, con grandes proyectos por delante. Note lo afortunado que es.

El humo del puro que acabo de encender es succionado por el ventilador del cuarto.

—¿Se siente usted bien? ¿Parece como si no estuviera aquí, señor Sidnelín?

Ni siquiera parpadeo.

—Todo está estupendo, doc, todo está estupendo. Sólo pensaba en lo que haré si llego a tener éxito ahora que sea traducido al francés, al español y por qué no, al mandarín.

—Como suelen decir: la esperanza es para todos cual agua purísima. No habrá otra forma de saberlo hasta que suceda.

Lo miro en silencio, ahora me parece más despreciable que antes. Por suerte el humo del habano sirve también de refrán entre su ingenuidad y mi insolencia.

—Si hubiera la necesidad, doc... ya sabe, de que todo esto se mantuviera en secreto. Se lo agradecería mucho, no tiene una idea de cuánto —en ese momento le extiendo mi último naipe: un billete de quinientos.

—No sé cuál sea la fuerza que lo motive a extenderme ese billete, señor Sidnelín, pero más dinero no será necesario —me clava su mirada gris y ambos permanecemos serios, oyendo el ventilador girar, opacando el bullicio del hospital—. Nuestras políticas prohíben hablar de la vida privada de los pacientes, debería usted saberlo.

—Es verdad, disculpe mi atrevimiento —comprendo que lo que dice va en serio. Desvío la mirada de nuevo a los cuadros y pongo el billete sobre el bonche del escritorio—. Bueno, creo que es hora de retirarme, doc. Le traeré algunos regalos de Inglaterra.

—Oh, no hace falta. Siempre es un placer tenerlo por aquí, señor Sidnelín, con o sin sorpresas.

Salgo del consultorio con el puro aferrado entre los dientes. Las bolsas de provisiones me cubren la cara al salir a la calle.

Y así, mitad lodo, mitad cenizas, camino ente los seres vivos, hasta llegar a la esquina de mi cuadra; me cercioro de que afuera del edificio haya una patrulla; no me equivoco. Tomo

un taxi, que me lleva hasta una zona residencial. Ahí no hay patrullas, ni siquiera dan el rondín. Pago con un billete al chofer e insisto que acepte una exuberante propina a cambio de esperarme. Lo primero que hace Riso, al verme cruzar el jardín, es ir a mi encuentro y abrazarme. No pregunta nada. Le ordena a una de las criadas que meta las provisiones a la casa. Luego me da un boleto con destino a Nicaragua, dice que ahí tiene a unos familiares que me darán empleo en una planta bananera. Está tan ebrio que sonrío involuntariamente, lleva gafas negras y una camisa fragante repleta de palmeras. No veo a la niña por ningún lado. Él asegura que está jugando con sus hijas en los corrales.

—Sabes que no puedo dejarte entrar. Ella aún no sabe nada. Nos largamos segundos antes de que llegaran los polis a tu departamento. Tuve que apagar la radio, estás en todos los noticieros. ¡Mierda! Sólo desaparece, Sid, un minuto más aquí y no querrás irte, estoy seguro.

Saco algunos billetes y le indico que debe pagar la renta a Marilyn, la portera.

—Las provisiones son para ti. Los libros para Margarita. Dile que los lea con mucho detenimiento, con suspicacia, pues son un poco más tramposos que los anteriores. Le fascina el pan francés, no dejes de dárselo cada mañana, ella te lo agradecerá mucho.

—Correcto, lo haré —Riso ha dicho esto tan en serio, que nos volvemos a abrazar, sacándonos el aire.

—Nada se calmará de hoy en adelante, lo sabes —digo—. Cuando vuelva a salir del hospital entrégale este dinero a Atalia, que nunca hable de él.

Riso palidece, me mira con ojos aturcidos, aun así no cuestiona mi petición y se guarda cuidadosamente el fajo de billetes, como si se tratara de una bomba.

Luego me acompaña al taxi. Cierra la puerta y proyecta sus manos en el cristal en forma de despedida. Ordeno al chofer dirigirse al aeropuerto a toda prisa. Atranco la puerta

con el seguro para niños, la cabeza me da vueltas mientras el auto acelera, vislumbro cómo algo de mí se va quedando atrás, en el vacío, sin lograr subir al taxi conmigo. Levanto la vista. A lo lejos, del otro lado de los corrales, distingo a mi hija, a mi pequeña, viéndome partir.

Los días sin tumba

Mixcoac, México D.F., a 16 de enero de 1998

Antes de comenzar con la sopa, Julio, el camarero del restaurante Pepín, me confió, de manera muy discreta, casi como si se tratara de un secreto, tu último poema garabateado en una servilleta rosa. Creo que lleva por título: *Eme ese pe*. No me gustan las informalidades de este tipo, menos cuando se trata de poesía. Cualquier otro color de servilleta habría beneficiado a la baja resolución consustancial o retórica que encierran estos inamovibles versos. Supongo que ni siquiera tuviste el tiempo ni la disposición de fijarte en dónde perpetuabas las palabras, abusaste incluso de los tachones y correcciones a las que el texto fue sometido. Debo admitir que, más allá de la aversión por el aspecto material que este arrebato pudiera ofrecerme, el texto, en sí mismo, me ha cautivado casi de manera instantánea. Comprendo lo difícil que es para alguien como tú expresarse de otra manera. Casi siempre haces responsables a tus versos de alguna guerrilla perdida, de algún sueño a contracorriente frustrado. El tono desesperado no alcanza la exaltación bajo el rigor de *las imágenes sagradas*, como tú las llamas. Nada más enemigo de la poesía que la verdad arrogante del yo. Pero debo admitir que este poema, sobre todo, me pareció diferente al resto de tu autoría; no sé muy bien hacia dónde apunta dicha hipótesis, pero parece ser el más desconsolador de tu inventario. No tengo duda: el poema es tuyo, a menos que alguno de tus amigos haya logrado hacerse pasar por ti, y aunque lo falsificasen reconocería un aullido de cisne donde fuera.

Le pregunté a Julio quién me había hecho llegar tal recado. Pero el heraldo ya no se encontraba en el restaurante.

Tuve que mentirle a Mariyó cuando preguntó de qué se trataba. Le dije que la nota era un saludo cordial de Harold, invitándome a leer su nueva obra dramática: *El lenguaje de la montaña*. No estoy seguro del porqué tuve que mentirle a mi esposa, no suelo hacerlo con deleite y a veces el remordimiento no contempla piedad alguna. También sé que mi esposa no se creyó lo de Harold Pinter, un autor como él no escribiría una carta desde el otro lado del mundo en una servilleta rosa.

Mixcoac, México D.F., a 19 de enero de 1998

Volví a encontrarme con la servilleta en el bolsillo de mi saco sin lavar. Volví a leer tu poema; por extraño que parezca, con la relectura se fortalece como si el acto transformador fuera la palabra; logro captar que no soy el mismo de antier, por ende ese poema tampoco. Ahora sé por qué me extrañó tanto desde un principio, su primer verso: *moriré sorbiendo*. Larga perífrasis verbal de una introducción efímera repartida en un hexasílabo de musicalidad nula. ¿Se trata acaso de alguna sentencia universal? ¿La imagen exagerada de nuestros días incendiándose? En ninguno de los poemas grabados en mi contestadora apareció el verbo morir conjugado en primera persona y, sin embargo, aquí aparece cifrado, como si estuviera vigencia en un lenguaje oracular.

Mixcoac, México D.F., a 22 de enero de 1998

Vengo de dar un pequeño paseo por la plaza Valentín Gómez Farías, acompañando de Mariyó. De regreso nos encontramos con Ruperto, el vendedor de periódicos, que no hace honor a su oficio sólo por venderlos, sino también por enterarse de algunas noticias que suceden en el barrio. Nos habló de ti, como si te trataras de algún ser mitológico, al cual yo

estuviera obligado a conocer debido a mi larga trayectoria como escritor. Fingí no acordarme de tu nombre.

Mixcoac, México D.F., a 23 de enero de 1998

Estoy seguro de que volviste a llamar en la madrugada. Mariyó dijo:

—Es el loco que te llama por las noches.

—Graba su poema —le contesté.

—¿Acaso eso es poesía? —espetó ella.

Y en la grabadora te carcajeabas.

Al mediodía revisé los mensajes. Mariyó los había borrado.

Mixcoac, México D.F., a 27 de enero de 1998

Dialogué con mi ausencia que es mi otro yo, leyendo tu poema esta mañana. Sigue sin gustarme su carácter. Pero otro tema despunta entre su fluidez: ¿la huida? ¿Qué tiene que ver con la permanencia de la muerte en cada ser? ¿Nos mentimos a nosotros mismos? Conuerdo con Arnaldo cuando asevera que el segundo extremo de la ruptura (hoy día) parece regresar al salvajismo barroco, rampante, agresivo; estéril o no, cualquier absoluto en tus palabras depondría el sufrimiento humano, sufrimiento que ni siquiera nos hemos atrevido a compenetrar desde el argumento extinto de las religiones. Decir *haciendo piruetas de cirqueraes* ir en contra de la misma voz que genera su imagen, su referencia, notando así esos continuos atropellamientos del lenguaje, que yo más bien adjudicaría a tu tremenda imaginación y falta de oficio literario. Pero nunca estuve de acuerdo con que el suicidio fuera un arte poético por descubrir. Viví cuanto pude, para no pensar siquiera en atentar contra mi vida, inclusive escribiendo hay algo que me orilla a permanecer

expectante a todo cuanto muere. Al contrario de lo que muchos autores lleguen a pensar, creo que todo poeta madura conforme su sentido artístico se va perdiendo.

Mixcoac, México D.F., a 06 de febrero de 1998

Al interpretar esto ya como un diario que nunca escribí, ni en mis días cuando necesitaba exponerla angustia adolescente o enviar cartas a los amigoslejanos ocontactar a amores irreconocibles, viene a mi mentela ocasión en que tú y los real visceralistas sabotearon mi recital. Eran tan sólo unos muchachos melenudos y fachosos, con una energía ruidosa más que estridente, peligrosos eso sí, más de lo que cualquier joven de 1968 hubiera sido: indecentes, ladrones, ennegrecidos bajo el sol de las calles. Amadeo, el cocodrilo rojo, ya me lo había advertido: *son una pandilla de soles prietos, por diversión podrían absorber todo lo que eres, no les des oportunidad de acercársete. A mí me dan miedo.Desde que vinieron a mi casa, no he dejado de soñarlos.* Siempre supe que estaban locos, ese día en mi recital se pusieron a eructar y a carcajearse. Uno de ustedes dijo: *¡Qué bonito, cuánta luz!*, y yo me sentí por primera vez minimizado, ridículo de mis palabras ofrecidas. Yo, el ejemplo impecable. La nación entera creía en mis pensamientos, atendían mis comentarios con cierta sumisión en el extranjero, me aplaudieron las retóricas más influyentes de este siglo, el prestigio de las alfombras púrpuras se abría a mis pies en cualquier continente. Pero ustedes llegaron a burlarse de todo lo que yo representaba. Ese día, otra voz espantosa proveniente de las gradas aulló: *Octavio, ya deja de decir tantas pendejadas.* No aguanté más y pedí que los expulsaran del auditorio. Miquijada temblaba.

Recuerdo algo más particular todavía, algo que había olvidado como quien olvida el desayuno de hace seis meses. Un grupo de críticos, catedráticos y escritores españoles,

consagrados al juicio del premio Herralde, pidieron mi opinión acerca de la obra de Arturo Belano, el menos abrasivo entre ustedes. Confesé no conocer del todo su obra. Si la memoria me permite referir algunas reseñas, ensayos o entrevistas que he leído sobre él, publicados en suplementos culturales ajenos a mi tutela, estoy seguro de que se trata de uno de los escritores latinoamericanos más influyentes de la actualidad. Como todo novelista es un placer leerlo con cautela, les dije, pero la literatura no siempre es un acto de placer o cautela; más bien debería bastar un acto recíproco entre la memoria, la armonía y lo imprescindiblemente humano.

El jurado Herralde quedó satisfecho con aquella respuesta. Apenas me doy cuenta de que quizá vaya a ganar el premio, gracias, en parte, a un comentario mío, que no recordaba siquiera haber hecho.

Mixcoac, México D.F., a 07 de febrero de 1998

Soñé con una llamada tuya en medio de la madrugada. Mariyó dijo:

—Es ese muchacho de nuevo.

Cuando intenté levantarme de la cama, desperté.

Mixcoac, México D.F., a 11 de febrero de 1998

Los médicos nunca me han dado confianza, creo que los poetas tampoco, pero me he llevado bien con muchos de ellos a lo largo y ancho del mundo. Hoy vino otro que no es el de cabecera, un joven, pasante de medicina. Me ha diagnosticado lo mismo que el anterior: flebitis aguda. No sé por qué Mariyó lo hizo venir, quizá teme que mi estado empeore más allá de cualquier aspecto.

¿De qué le sirvió a Dédalo idear el laberinto de Creta si nunca pudo recorrerlo?
¿Podré algún día transitar mi propia soledad con cada paso que doy? Soy la sombra que arrojan mis palabras. Y tú una más de las presencias que me habitan por dentro, así es como te preciso. Vuelvo a leer tu poema tatuado en servilleta rosa. No lo he perdido de vista, ¿cómo podría pasar desapercibido? Te he vuelto a soñar en ocasiones. Te he escuchado reír detrás del librero, esa carcajada cavernosa que me es inolvidable. Tus visitas nocturnas a manera de epifanía —porque desde pequeño soy consciente de la existencia de chaneques— no me atormentan en lo absoluto. A veces me pregunto qué será de ti, Ulises Lima; ¿has regresado del norte? ¿Era necesario encontrarme así?

Mixcoac, México D.F., a 24 de febrero de 1998

Mi condición: aparato digestivo inflamado. Las ínfulas secretales impiden sentarme con la agradable confianza de los exhaustos, las varices y los mareos constantes no me dejan permanecer mucho tiempo de pie. Ahora soy el depósito de mí mismo en una cama matrimonial bien lavada y perfumada, ahora soy la presencia cautiva de una soledad carente de importancia. ¿Será más dañino permanecer al amparo de nuestros hogares, que morir allá afuera, debajo del granizo? El ser humano siempre busca resguardo en una casa, en un apartamento, en una mansión, en un manicomio, en una cárcel, en un albergue, en una venta, incluso la calle lo cobija cuando es necesario, antes de advertir que, cuando muera, otras cuatro paredes lo van a encarcelar para siempre. La tierra bastará para toda la humanidad, debajo del caos juranuestro reposo.

He pensado con insistencia en esto, sobre todo ahora, después de presentir la muerte, aquella transformación. Cualquier poema revela el lenguaje de los muertos. Cada lector comprende una muerte prestada por el autor, es un préstamo a través de los siglos.

Así, formados de palabras, miles de ellas, el lenguaje sostiene un mundo emparentado con la realidad, mas esa calca no es exacta, por fortuna. Un poema es recordar un sueño en sus mínimos detalles. La muerte es saberlo todo. Pero, ¿acaso te burlas de mí? ¿Qué es eso de *saber salir de las cuerdas & fajarse la madre en el centro del ring?* No me atreví a afrontar el encabalgamiento de estos versos tan llenos de folclor, no como tú los hubieras pronunciado en mi oreja hace unos momentos. Haces de la muerte una apología atrapada en su propia belleza, apología innecesaria frente a la naturaleza inamovible. Según la teoría eleática de Parménides, tú y yo podemos ser una misma muerte. Parece de más, y por encima del tono coloquial, escribir que: *la vida es I madriza sorda*, un alucine, una película.

Mixcoac, México D.F., a 28 de febrero de 1998

Después de deambular por mi laberinto, un débil destello surgió como la imagen más conmovedora entre las penumbras de mi cuarto; salió a la luz una impresión semejante a la certeza, que terminó en un afluyente de recuerdos.

Un día entraste a mi casa a robarme libros, ambos lo negaríamos después para nunca reconocernos. *Perdónalos, señor, porque bien saben lo que hacen*, diría el gran rónin Amadeo en un poema titulado: *De los desnudos será...* Entre nosotros fructiferó la rivalidad encarnizada, representábamos cada uno el lado opuesto de la moneda, cada quien desde su postura, las trincheras se forjaron en papel y tinta. De nuevo, gracias a ti, me sentía joven, tentado por el peligro.

Para Amadeo: tú eras otra katana sin señor y el chileno, un diamante en bruto. Nada de eso me atemorizó, aunque así lo pareciera, al contrario, todo era más divertido, como aquella ocasión en que García Saldaña apareció en mi oficina, lleno de ira y

alcoholizado; pero si la poesía no tiene desquicio, una gota de adrenalina carece entonces de milagros. La vida nunca se detendrá a la espera de algún premio, es impredecible, mágica en su propia envoltura. Hubo un tiempo en que la poesía mexicana se convirtió en un verdadero campo de batalla, donde el cruzamiento de nuestros sables intercambiabasignos vitales entre dos corrientes opuestas, igual de eléctricas. Las cosas mueren para que vivan los nombres. He ahí nuestra hermosa edad de oro.

Mixcoac, México D.F., a 04 de marzo de 1998

Confirmado. Rapuzza acaba de enviarme una carta donde menciona el premio Herralde de este año. Arturo Belano está a la cabeza. El mérito le ha costado un gran amigo, estoy seguro de ello. La amistad paga grandes precios por crear la mejor autobiografía ficticia de la década. Rapuzza también alega que el chileno está haciendo estragos en los diques de una literatura neo-barroca, pero que lo hace a través de representaciones narrativas susceptibles, erotizantes y que eso tampoco es novedoso; lo demás sigue siendo tradición, intertexto, sin olvidar el excelente fluir de la prosa que va desde Flaubert hasta Kafka. Asegura que la novela de Belano es una versión hard de la Rayuela de Cortázar, un intento de regresar al pandillerismo épico de las letras latinas. Rapuzza ni siquiera te mencionó.

Mixcoac, México D.F., a 06 de marzo de 1998.

Prohibido prohibir. Volví a ir a la plaza Valentín Gómez Farías. No pude seguir encerrado. Esta vez me llevaron del brazo Mariyó y un amigo escritor, oriundo del lejano Uruguay. Comimos helado, y mientras alimentábamos a las palomas vimos aparecer un arcoíris en el cielo; entonces les propuse ir a buscar las tumbas de John Keats y Dylan Thomas. Nos

reímos un buen rato, como si aquello fuera una utopía ante mi actual condición o como si no creyeran que abordar un arcoíris es posible.

—Cuando te repongas —terminó diciendo Alberto con tristeza.

—Aunque me apasione mucho la India.No creo en la reencarnación, amigo mío —le contesté y volvimos a reír, sintiéndome por primera vez un estorbo.

Mixcoac, México D.F., a 08 de marzo de 1998

...Bajo la bendición de las imágenes sagradas/ inmortales...

He leído esto una y otra vez. Ayer soñé que entrabas a mi habitación, empolvado, con los pantalones roídos y el rostro cadavérico. Nos decías a Mariyó y a mí: déjenlo todo, regresen a los caminos.

Mixcoac, México D.F., a 11 de marzo de 1998

Sólo fue cuestión de decidirlo. Mariyó realizó una serie de llamadas telefónicas y redactó una minuciosa lista de invitados. Muchos confirmaron su asistencia a mi cumpleaños, casi de inmediato.¿Vendrás a sabotear mi fiesta, Ulises Lima?

Mixcoac, México D.F., a 15 de marzo de 1998

Creo tener una vaga idea de quién fue tu emisario, es decir, quién me hizo llegar el último de tus poemas aquel día en el restaurante Pepín. ¡Cómo nunca sospeché de Ruperto, el vendedor de periódicos! Por varias semanas he guardado y releído *Eme ese pe* con una voluntad casi enajenada, ciego andar en este laberinto de espejos, en esta casa de la risa. No concuerdo con lo que dice, ni cómo lo dices; pero presiento que el poemaincorpora una nomenclatura secreta, tal y como los poetas medievales ocultaban verdades detrás del

fuego. A lo que me refiero es que, últimamente he pensado en este texto ya no como una transgresión poética u obra inconclusa, sino como algo personal, muy cercano a mí. Supongo que lo mejor de ti sólo podía surgir bajo acérrimos estados de desengaño, el lenguaje que te desdobra es el lenguaje de los muertos que vagamos por el mundo.

Mixcoac, México D.F., a 22 de marzo de 1998

Ayer vino más gente de la que esperábamos, por suerte alcanzaron los bocadillos y las bebidas. Amigos del otro lado del orbe. Amigos residentes en otros estados de la república, a los que no había visto desde hacía mucho tiempo. Mi hija Elena no vino. Si pudiera cambiar todos los triunfos de mi vida por uno de sus abrazos, como un deseo al soplar las velitas, sería conmovedor que empujasen mi cabeza al pastel. Pienso que una muerte sin tristeza no nos merece, y que entre el bullicio del mundo la poesía seguirá resoplando, para olvidarse de sí misma, para derribar los muros. Pero como dice Max Jacob: *cada obra nueva es la continuación y la violación, homenaje y profanación de los modelos anteriores*. Ya nada me sorprende, estoy atento al milagro.

Ayer, durante el festejo, hubo un momento de silencio en la mesa de comensales y creí conveniente romperlo, narrando cómo, hace aproximadamente dos años, incendié parte de mi biblioteca familiar. Hice un listado de cuántos invaluables tesoros de las épocas rindieron culto al antiguo dios del fuego, Huhuetéotl.

—Aquella noche descubrí las pirámides inversas. Fue la noche en que los Moais despertaron con el maná de las estrellas—les decía, mientras los invitados carcajeaban, como si la literatura fuera una fiesta de cumpleaños.

—Debe haber una equivocación, Octavio —increpó Vallarino desde el otro lado de la mesa, como si él fuera mi biografía más pertinaz—, lo declararon un accidente corroborado.

Como si no lo hubiera oído, continué:

—Fue cuando Mariyó entró al estudio y me sorprendió luchando contra mi propia cordura, como Don Quijote solitario lo hizo en Sierra Morena o como François Picaud, mientras atentaba contra sus propias publicaciones; legiones y legiones de libros, mapas y pergaminos escuetos, todos quemados: el libro es el mejor amigo del hombre, mientras está encarcelado, según las viejas rapsodias marsellanezas. Pero hablo ahora de Teseo. Soy el escudo, es decir, soy el brillo del escudo de Teseo, reflejado en el laberinto. ¡Mírenme pasar! ¡Mírenme ardiendo!

Me lancé con la silla de ruedas al pasillo, sin disculparme. Dejé a todos inquietos por saber cómo acababa mi relato, qué otra ocurrenciasaldría por mi boca, a dónde me dirigía yo con una Otto Bock, atravesando el vestíbulo. Alcancé a oír que alguien dijo a mis espaldas:

—Acompáñenlo, no vaya a incendiar su biblioteca de a de veras.

Al concluir la fiesta, cuando me despedí deVallarino le dije:

—¿Has sabido algo de Ulises Lima?

—No, Octavio, la última vez que supe algo de él fue en París.

—Es un poeta.

Vallarino me miró efusivo y pareció sonreír involuntariamente. Burlándose quizá de mi comentario o de tu reputación como poeta, pronunció una grosería y salió azotando la puerta. Guardé de nuevo tu poema, pues comenzaba a asomarse de mi bolsillo la servilleta rosa, que sin duda Vallarino hubiera hecho trizas.

Mixcoac, México D.F., a 23 de marzo de 1998

No puedo creerlo. He llegado a pensar una y otra vez que todo esto es una broma, una mala pasada tendida por tu pandilla o tus editores o vaya a saber quién más cercano a ti. Incluso he sospechado de un verdadero complot literario a estas alturas de la contienda. Nunca dejas de infringir mi tranquilidad. Ahora lo comprendo, no descansas sino para mantener ese propósito.

Horas más tarde de que le preguntara a Vallarino sobre tu paradero, recibí una llamada de éste, desde la hemeroteca pública. Para mi sorpresa, el joven periodista había ido a buscar información sobre tus últimas actividades en la ciudad. Fue entonces cuando me enteré del asunto. En una nota del periódico Local del Centro, apareció la noticia de tu deceso el día nueve de enero; hace más de dos meses. Según el periódico que se publicó un día antes de que yo recibiera tu poema *Eme ese pe*: te atropellaron, te arrojaste a propósito al automóvil, te encontrabas en estado de ebriedad. Hay quienes dicen que te gustaba torear a los autos. Vallarino sospecha que andabas en líos de drogas. Como haya sucedido, tu esposa, fue a identificarte cinco días después.

Como era de esperarse, la noticia me dejó petrificado. ¿Si no fuiste tú, quién hizo llegar este poema hasta mis manos, escrito justo antes de tu muerte, quién más está detrás del velo? Todo parece obra de una misma índole. Por otro lado, como si se tratara de un plan urdido, Arturo Belano va a ganar el premio, esta noticia también fue confirmada.

Lástima que ya no pueda salir a la plaza, podría preguntarle a Ruperto, el vendedor de periódicos, único puente de comunicación entre tú y yo, qué está sucediendo ahora en las calles, en las cantinas, en los cafés y en los parques donde solías emborracharte.

Le dije a Vallarino que mañana viniera a primera hora, que debía entregarle un mensaje urgente.

Mixcoac, México D.F., a 24 de marzo de 1998

Me arrepentí de mostrarle el poema a Vallarino, otra vez. Para mí que recordar es imaginar, el pasado no existe en sí: nosotros lo inventamos con los signos del presente. Para mí que la derrota de la memoria es la victoria de la poesía y de esa batalla sólo quedan sombras, vestigios, carne, lágrimas, un estruendo fantasmal. Lo mismo pasa conmigo en estos días, no puedo más que aplaudir el último gesto de transgresión que realizaste, mira que enviarme un poema desde el más allá con las intenciones de prepararme a lo que llega, como si fuera yo el nuevo iniciado a las artes ocultas de la poesía; los muertos nos comunicamos con base en códigos literarios, de los días a los siglos. Para que Vallarino olvidara el urgente mensaje que tenía que darle, razón por la cual lo hice venir tan temprano, tuve que regalarle dos mapas impresos en pergaminos de piel, un libro de Alfonso Reyes y otro de Rubén Darío, primeras ediciones. Cree que estoy enloqueciendo.

Después me deshice de tu poema, mandándoselo a Ruperto, a través de una muchacha que viene a hacer la limpieza de mi habitación todos los martes. Debo admitir que al deshacerme de esa servilleta rosa, me tranquilicé de sobremanera. Casi puedo oír las trompetas que trae consigo el silencio. No tengo miedo de continuar.

Epistolario

Aproximación al cuento a modo de poética

*Pues dicen que no es justo dejar a medias ni aun los cuentos,
sino que hay que ponerles cabeza, para que no anden de un lado a otro
descabezados.*

Platón

Quisiera agradecerte, Pilar, por los libros que me prestaste la vez anterior: *Cuento, antología y canon: rutas paralelas en el tiempo* de Estrella Asse ha sido de gran ayuda, tanto para este trabajo, como para otros que tengo en mente, gracias al amplio contenido bibliográfico y la resuelta crítica que en él son evidentes; tanto es así que, entre sus páginas, logré despertar una intensa curiosidad por releer las aventuras de Simbad el marino, recopiladas en *Las mil y una noches*. Esto, porque responde a la interminable aventura que significa para mí escribir. Debo informarte que ya he conseguido los tres tomos de *Teorías del Cuento*, compilados por Lauro Zavala; te devolveré el II tomo la próxima vez que nos veamos. De este libro disfruté varias lecturas, y tenías razón a la hora de recomendarme el texto-conferencia de J. Luis Borges, “Así escribo mis cuentos”. Me parece apropiada la estrategia que Borges sugiere ante una justificación de sus propias ficciones, valiéndose de un modelo a seguir con base a la simulación de otras obras universales.

Otra lectura a la que recurrí las últimas dos semanas, es “El cuento como género literario” de Juan Luis Onieva Morales, en cuyas páginas pude reiterar, no sin el respaldo de otros escritores, entre ellos Horacio Quiroga y Guillermo Samperio, el estrecho vínculo que hay entre la poesía y el cuento. A lo largo de mis indagaciones por la web también he conseguido el libro *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*, pues me veo interesado por el texto de Víktor Shklovski, “El arte como artificio”.

Hasta aquí un pequeño reporte de mis actividades en las últimas semanas. De igual forma, quisiera compartirte la idea de escribir una poética en tono epistolar, es decir, reflexionar, a través de correspondencia, en cuanto a los elementos que constituyen este libro de cuentos, cómo fueron elaborados, en qué escritores radica su influencia, cómo me

apropio de elementos ya existentes en la literatura para dar un enfoque propio del mundo, para qué sirve el género del cuento a la hora de ahondar en la realidad y desde dónde nos podemos asumir como cuentistas. Espero que con tus observaciones pueda desarrollar más fácilmente este ejercicio de reflexión. Sin más por el momento, quedo atento a tu respuesta.

Saludos cordiales.

Es momento de hablar acerca de este libro de cuentos que me dispongo a concluir como quien mira el mismo final una y otra vez, sin poder llegar a ello. Sujeto a una primera tentativa de orden, profundizaré en algunas narraciones que funcionan dentro del sistema de lo mimético pero que no desdennan los sustanciosos elementos del sistema fantástico. Sé que a lo largo de tus observaciones y las del próximo lector, iremos identificando cuáles son y cómo funcionan estos elementos narrativos, al mismo tiempo que concilian contrastes entre fantasía y mimesis, con el fin de generar no sólo tensión, sino también resignifican la obra creativa.

Es posible advertir un claro ejemplo de esos contrastes si juntas un par de cuentos que te he enviado. Creo que “Pan francés” y “Un relámpago cautivo” no están del todo vinculados, al menos no con el rigor de un significado aparente. Es que se me dificulta pensar mis cuentos como un conjunto, pues soy consciente de que cada uno es autónomo y se sostiene a sí mismo. “Pan francés” se desarrolla bajo los dominios biográficos, retomando un extracto de la vida de O. Henry; es una ficción basada en un hecho real, expuesta en sucesos ucrónicos. “No corresponde al poeta decir lo que ha sucedido —a diferencia del historiador— sino lo que podría suceder”, afirma Aristóteles desde tiempos muy remotos¹. Muchos creen que el “hubiera” no existe; sin embargo, a lo largo de la carrera de Creación Literaria aprendí que este absurdo verbal es sólo posible en la literatura y que para nosotros, los cuentistas, es una herramienta esencial y efectiva para el manejo del tiempo, para el entramado de la anécdota, o el ocultamiento de elementos que al surgir causan una revelación del misterio universal. Al contrario, “Pan francés” pretende

funcionar por encima de la realidad mimética. Ése es su mérito fantástico; poseer una alternativa histórica, un “hubiera”, un pastiche que busca significarla historia no contada.

En cambio, “Un relámpago cautivo”, es un cuento tan antropológico que a veces conserva la estructura de un cuento clásico, y a la vez de uno posmoderno, donde el cerro, las cavernas y el bosque favorecen a la presencia de elementos sobrenaturales, se vale de un héroe o protagonista inserto en el mito del viaje al inframundo; éste resulta ser un cuento fantástico, si nos guiamos por lo que dice David Roas: “para su mejor funcionamiento, debe ser entendido como excepción, ya que de lo contrario, se convertiría en algo cotidiano, que no transgrede las leyes que organizan la realidad”². Roas refiere el temor o la fuerte impresión que un ser fantástico como Drácula, de Bram Stoker, provoca en el lector, incluso después de haber pasado los años se ha convertido en un estereotipo. Lo mismo, un carácter de excepción, pretende obtener el personaje de “Un relámpago cautivo”, tomando en cuenta sus rasgos, sus acciones.

Te darás cuenta que insisto en apropiarme de lo desconocido y convertirlo en un cuento sobre experiencias surgidas del común imaginario, de miedos no disueltos en la fantasía, de posibilidades alternas de existencia en algo tan común como la naturaleza misma. Uso el simulacro como herramienta para anclar al texto en lo verosímil. En su valiosa reflexión acerca del cuento, Flannery O’Connor dice: “Incluso cuando uno escribe un relato fantástico, la realidad es el único fundamento conveniente [...] cuanto mayor sea el apoyo de un cuento en lo verosímil, más convincentes resultarán sus características”. “Un relámpago cautivo”, es un cuento surgido de la ignorancia del acontecer porque, a pesar de nunca haber viajado a la sierra chinanteca, tengo la inquietud de adentrarme en aquellas imágenes desconocidas que definen el espacio ritual y poético; hay más intuición que certeza a la hora de escribir historias como ésta. Este acercamiento produce una óptima

representación de arquetipos en diferentes niveles, tanto narrativos como semánticos. Diría Donald Barthelme en su ponencia titulada “Notknowing”: “sin el proceso de rastreo que engendra el no saber, sin la posibilidad de dirigir la mente hacia rumbos imprevistos, no existiría la creación”³. Por ello me he retrasado mucho en la entrega final de estos cuentos; cavilé cada uno de ellos semanas, meses, y traté de definirlos, impresionándome primero a mí, para luego llevarlos al papel.

P.D. Hasta ahora no he hecho más que resaltar generalidades acerca del conjunto de cuentos de este libro. No creas que he olvidado tus preguntas, pero creo más pertinentes estas dos primeras misivas como un preámbulo, una introducción para los siguientes aspectos a tratar: ética a la hora de escribir narrativa, la función simbólico-hermenéutica de algunos de mis cuentos y la manera en que la estructura es presentada al lector.

Excelente inicio de semana.

Noctámbula Pilar, espero que tus lunas hayan sido tan fecundas como las mías. En todo este tiempo que no nos hemos comunicado, he ideado la manera de ensayar mejor el tono de mis respuestas. “La literatura es un constante diálogo con el otro”, ahora me doy cuenta de estas palabras que siempre he elogiado, sin saber a cuántos escritores se las debo. A continuación quisiera contestar las preguntas que realizaste en la carta anterior. Y sin otro preámbulo, comienzo:

La primera pregunta tenía que ver con lo que Cristina Rivera Garza dijo acerca de escribir historias, ya sea un cuento o una novela, como un acto ético. Cristina Rivera Garza y su libro *Los muertos indóciles* son un preámbulo forzoso para comprender cómo es que la literatura ha adquirido, en pocas décadas, una revalorización de sus fronteras, gracias a la era digital. Mediante el uso de tecnologías, Cristina está interesada en el *acto de pensar en el otro*, por lo que denota que su escritura representa un hecho esencialmente ético. Cristina no únicamente ha desarrollado un amplio cuestionamiento sobre la figura del autor y la colectividad literaria en nuestros días, sino que ha identificado muy bien el papel que desarrolla el lector ante la obra. Ya sea el “lector promedio” o el “lector inteligente”, como los clasifica a veces Flannery O’Connor, mi tarea radica en que dicha frontera entre ambos lectores se borre y quien sea identifique valores universales, trozos de su propia vida en estos cuentos.

No sé si al escribir pienso mucho en el lector; tampoco se trata de contar por contar, o ensalzar todavía la esquizofrénica respuesta del autor que afirma: “alguien me dicta al oído”, “es que las musas”, “oh, la divinidad”. Estoy de acuerdo con Cristina Rivera

Garza y muchos otros autores, entre ellos excelentes críticos e historiadores como Patricio Pron, cuando afirman que el acto de escribir es una actividad colectiva, un acontecimiento guiado a través del otro, lo que nos podría estar remontando a la noción clásica del cuento popular, todavía con rasgos de tradición oral. Gracias a la antiquísima tradición hablada ya todo está escrito hoy en día, sólo hay que saber qué y cómo reescribirlo, cómo representarlos nuevamente con valores, juicios y costumbres contextualizadas. Shklovski, en “El arte como artificio”, afirma que: “Todo el trabajo de las escuelas poéticas no es otra cosa que la acumulación y revelación de nuevos procedimientos para disponer y elaborar el material verbal. Y consiste mucho más en la disposición de las imágenes que en su creación”⁴. Vemos de esta forma cómo la colectividad en la literatura revalida su acto en el otro. Philip K. Dick, por su parte, afirmaría que “escribir narrativa tiene que ver con convertirse en la voz de aquellos que no la tienen. No es tu voz, la del autor; son esas otras voces que nadie oye”⁵. El cuentista, en este caso, no crea historias, sino que ordena unidades de sentido en un discurso narrativo para luego emparentarlas con la experiencia universal del suceso concreto; el artificio consiste en ordenar, lo mejor posible, mecanismos particulares de significación que sugieran lo inenarrable.

P.D.El acto de narrar es un acto ético porque está pensado para realizarse en los otros, por lo que se vuelve un acto colectivo. No hay mejor forma de llegar a eso sino por medio del símbolo, la alusión, el silencio, que operan de forma conjunta para nombrar y restringir información a modo de válvula, con el fin de lograr un efecto de impresión perdurable en el lector. Tocante a la duplicidad de historias presentes en un mismo cuento, Ricardo Piglia dice que “el cuento es un relato que encierra un relato secreto. No se trata de un sentido oculto que depende de la interpretación: el enigma no es otra cosa que una

historia que se cuenta de un modo enigmático”⁶, o de modo distinto, como me atrevo a afirmar. Sobre esto estaré hablando la próxima ocasión.

Salud y goce, donde quiera que te encuentres, Pilar.

He estado pensando mucho en lo que escribí en la carta anterior con respecto al acto ético que implica narrar historias. Debo, por esta vez, prescindir de aquellas palabras que quizá ponían en duda la relación entre mi obra y dicho acto ético. El tema primario se aborda desde la imposibilidad de una liberación espiritual del individuo social, máxima de Fiódor Dostoievski en su novela *Los hermanos Karamazov*. De ahí extraigo las propiedades filosóficas que el cuento, “El miedo universal”, homónimo del libro, plantea.

Luego de leerlos cuentos en su totalidad, por enésima vez y aplicando las correcciones pertinentes que me recomendaste hace días, hallo en las piezas de “El miedo universal” y “La névea ruptura” un manejo de diálogos muy disímiles, pero dotados con el mismo carácter coloquial. Las voces del otro, la colectividad, están inscritas en dos contextos diferentes, pero resaltan, cada una, bajo sus propias normas comunicativas. Esto lo atribuyo a cierto sentido ético que hasta entonces no me parecía claro. Me gustaría explicarme mejor:

“La névea ruptura” es una historia ambientada el día 11 de enero de 1967, ubicándonos por los rumbos del Ajusco. Trata de ser lo más verosímil en cuanto al narrador en primera persona, el manejo de espacios y el contexto físico. La fecha es memorial: la última nevada en la Ciudad de México. A la hora de narrar, pienso en seguida en un soliloquio, algo que no puedo enunciar sino a través de un agente narrador, una voz más compenetrada en la historia que yo: “Después de fumarme el mañanero y escuchar una canción...”⁷. El narrador por lo que sabemos se desplegará en primera persona, poseedor de

un habla coloquial, lo que de inmediato remite a un contexto, una visión del mundo. Los diálogos entre los personajes secundarios y el protagonista-narrador, también revelan bastante del carácter de cada uno: “Voy de prisa, ahorita regreso. Si la jefa pregunta, dile...”⁸ o “No hagas iris, tranquila” o “¡Me están vacilando!”⁹. Estas formas de expresión predominantes en el léxico de aquella época, empata con lo que Philip K. Dick nos invita a recuperar: las otras voces, aquellas inclusive perdidas en el tiempo, deben ser escuchadas. Esto, como lo aseguraría Ricoeur, después de casi un siglo, apunta a que ya no se cuentan historias con un simple propósito estético, sino también ético.

Los personajes, como en cualquier obra, a la hora de comunicarse a través de diálogos, están sujetos a la libertad o a la censura de su propia expresión. Son hablantes de una lengua, acreedores de un registro. Esto, en “El miedo universal” es percibido gracias al léxico de los personajes, que a diferencia del cuento anterior, muestra un cambio en el habla: “Una bacha comienza a rolar entre los ahí conglomerados, incluso yo alcanzo a darme dos fumadas”¹⁰, La presencia de un narrador en primera persona, transformando en soliloquio lo que acontece a modo de focalización interna, nos hace ver que aunque se trate de la misma acción de fumar marihuana, la expresión, debido al contexto temporal, no es la misma. Más adelante, nos encontramos con diálogos como estos: “No seas puerco, prieto...”, “Uy, qué mamoncito me saliste, ¿no, compa?...”, “Nada más no te sientas muy chingón...”¹¹. Estos ejemplos bastan para reiterar que la verosimilitud de un cuento es esencial a la hora de emparentar personajes con el habla cotidiana, con el habla del lector promedio. Pero, a pesar de mis esfuerzos, ¿cómo dotar a los personajes con un particular registro del habla? Si los personajes para empezar ni existen, son construcciones ficcionales, inscritas en el uso del lenguaje para llevar a cabo acciones de una realidad copiada. ¿Cómo un cuento puede expresar la jerga de las calles de México en 1967 si no

soy parte de esa ciudad, la que ya no existe? Un acto vandálico éste, pues soy consciente de que, bien o mal, nunca lograré registrar dicha jerga con exactitud.

P.D.El género del cuento, aparte de interactuar directa o indirectamente con la colectividad y sus formas de representar al otro, también establece un diálogo continuo, una charla a través de los tiempos, ya no sólo entre los autores de una época u otra, sino entre gente común y corriente de toda la vida. Por tanto, escribir cuentos es un acto ético.

Hasta pronto.

Excelente inicio de semana, Pilar. Tal parece que estos días de convalecencia van a acabar pronto. Uno nunca sabe qué esperar: un día estás en tu cuarto escribiendo y el otro pasando la noche en un hospital. Esta vida tiene inesperadas coincidencias con lo que uno escribe¹²; así de enigmático resulta el lenguaje escrito. Debo confesarte que estos días, para mí, no han sido del todo mortificantes, pues he tenido libros a la mano y arduas consultas que pienso me ayudarán a resolver las preguntas que me enviaste¹³. Por fin terminé de escribir los cuentos que se anexarán al libro. Aún no tienen título, pero poseen las características necesarias.

Hay un tema que me mantiene largos ratos pensando, tocante a los malabarismos técnicos que mencionaste la vez anterior: los diez cuentos de mi libro carecen de ellos. No estoy del todo de acuerdo contigo. Creo que a pesar de ser bastante lineales, breves, en ellos hay más verbo que artificio, porque verbos bien conjugados desenlazan mejor la acción. La acción, ese cumulo de actos anudándose a la vez para estimular la intriga y evidenciar el final de la historia, como sucede en el primer párrafo del cuento “Lazos de sangre”¹⁴, detalla y sugiere atmósferas, no cargándose de descripciones superfluas, sino de símbolos cargados de significación. Se trata, pues, de un impulso involuntario que no podría sino achacar a las intenciones del cuentario, tocante a sus estructuras. Lo que menos quiero es sumergir al lector en perspectivas que lo distraigan de la tensión narrativa, intriga presentada desde la primera frase escrita del cuento. Flannery O’Connor y Ricardo Piglia coinciden en afirmar que todo aquel misterio o motivación, “lo que quiere decir un relato sólo lo entrevemos al final”¹⁵.

“El poeta debe ser artífice de fábulas más allá de versos, ya que es poeta por la imitación, e imita las acciones”¹⁶, nos exhorta Aristóteles. Pero también creo que una acción puede llegar a volverse poética, ya sea por lo que genera dentro de la ficción o fuera de ella, en la experiencia propia del lector. Queda mejor explicado por Sklovskicuando lo denominashock psíquico o extrañamiento¹⁷ en el receptor que escapa de su visión cotidiana. Más adelante, Elena Beristáin, en su grandioso diccionario, afirma que “La estrategia en lograr la desautomatización consiste, por una parte, en lograr la singularización de los objetos al asociarlos con otros de manera inhabitual”. El receptor debe experimentar un goce artístico, un momento que lo trastoca por su cercanía como individuo del mundo hacia ese otro que se vuelve muy posible.

Comulgo con las ideas de varios cuentistas del siglo XIX, que sostienen que el cuento tiene más semejanza con la poesía, donde lo oculto pide revelarse y no encuentra otro medio más que el de la significación de una imagen.

El estilo involuntario de este cuentario tiene dos puntales: la brevedad y la impresión suscitada en el lector. Me afana lo directo, lo económico, ir al grano. Pensar en el lector es también ignorarlo, dejar que el cuento fluya lo más naturalmente posible sobre un terreno desconocido. Edgar Allan Poe en *Review of twicetold tales* afirma: “el tiempo que se requiere para leer un cuento debe ser mínimo, exacto para que el lector no se distraiga”¹⁸; pero en la práctica el gran Poe se impone y termina contándonos una historia compleja en veinte cuartillas. También comparto la idea de que el lector normalmente es alguien que busca fugarse de la realidad. ¿Por qué no ofrecerle una lectura con dicho propósito estético? Ni tan oscura y trepidante como la poesía, ni tan amplia o minuciosa como la novela; la dicción de un cuento aspira hacia la profundidad de la existencia.

Entre menos cuartillas conformen mis cuentos es mejor para mí, pues sé que dentro de esas pocas cuartillas existe tensión, alusiones inusitadas que no abandonan al lector desde el principio. Julio Cortázar añadiría otro elemento a las observaciones que hizo Poe en el pasado, afirmando que “en todo cuento debe existir (aparte de verosimilitud y brevedad) elementos de tensión, unidades incidentales que al ser leídas impidan al lector hacer una pausa”¹⁹. Cortázar señalaba esto, como una de sus tantas analogías entre el arte de escribir cuento y el boxeo: “no bajar el jab”. Contrario a lo que podría suceder en un cuento con mucho malabarismo técnico, como “Nota al pie” de Rodolfo Jorge Walsh que le exige al lector una interacción asidua, un conocimiento de causa que a veces resulta tedioso; si dejamos de lado el contexto, la actitud de lo estético frente a lo real no cambia la intención con que se enuncia. No sucede así con otro cuento suyo titulado “Esa mujer”, donde el lector puede empatar una experiencia propia al ejercicio intertextual, basado en un mundo ficticio —expuesto muy bien bajo el cuidado de focalización y caracterización de personajes por parte del narrador—. Sólo así, al reconocer el contexto de realidad inferida, la intención por la cual Walsh le llevó al papel, es que la historia adquiere significado y puede ir más allá de pretender un modelo estético, para reafirmar su posición ética frente al contexto, frente al asesinato de “Esa mujer”, Eva Perón, sin escribir su nombre una sola vez. En mi cuento “Lazos de sangre” sucede algo similar, al realizar sólo alusiones que se acumulan tanto que al final tienden a soltarse abruptamente. No creo que queden cabos sueltos en él, como algunos lo han observado, ni tampoco hace falta una caracterización más profunda de los personajes, como también me lo han sugerido. Con una cuartilla más o una cuartilla menos, ese cuento perdería su significación, revelada a través de elementos a disposición del lector en forma de alegorías: la violencia contra la mujer, la

desfragmentación de las familias, el engaño, todo esto envuelto en un cariz simbólico que refuerza aún más el efecto de impresión.

Guillermo Samperio asegura en su texto “El escritor y la autoaniquilación creativa” que “el cuento es un relato breve que remueve a profundidad el espíritu del lector, dejándole una marca indeleble y perdurable en su existencia”²⁰. Aspecto que tanto el drama como el cuento comparten con el género de la poesía, pues entre estos tres géneros, la mayoría de las veces, su significación se da por medio de símbolos. Samperio, sumaría a esto: “El cuento requiere una caracterización rápida e intensa y que, no obstante, resulte así mismo memorable”. Algo por el estilo asegura Juan Luis Onieva Morales, en su *Introducción a los géneros literarios*: “En la creación de un cuento sólo hay tensión [...] un cuento se recuerda íntegramente o no se recuerda”²¹. De igual manera, sé que no podemos limitarnos a la brevedad, dejar un cabo suelto o no escribir lo suficiente significa cometer un grave error no sólo de estilo, sino de sentido. Debe existir un gradual equilibrio entre el silencio y lo enunciado, la acción y la descripción, la fluidez de un mundo alterno requiere sus propias reglas, el escritor es quien acepta escribir bajo esas reglas. Shklovskiañadiría a esto que “las imágenes tienen la función de permitir agrupar los objetos y las acciones heterogéneas y explicar lo desconocido por lo conocido”²². Cada palabra en el cuento es sustancial por ello, tanto que requerimos de una bien equilibrada economía de enunciación, desde que empieza hasta que acaba la obra.

Así aterrizo en la técnica del silencio que AntonChéjov propuso a lo largo de toda su carrera como cuentista. Lo que no se dice en el relato debe ser intuido por el lector, a través de su propia relación con el mundo. “Cuando escribo —señala el cuentista ruso— confío plenamente que el lector añadirá los elementos subjetivos que están faltando en el cuento”²³. Vivian Romeu, en su texto “Guías metodológicas para el análisis de los textos

poéticos”, concibe algo parecido a lo que el maestro ruso ya había planteado un par de siglos antes: “el lector, mientras interpreta la obra la completa porque ‘llena’ con su interpretación los vacíos de significado que la obra tiene debido a su naturaleza abstracta y simbólica”²⁴. La mayoría de teóricos no escatimarían al decir que esto representa un proceso hermenéutico, porque todo lector se ve involucrado con el lenguaje en pos del significado de sus símbolos, donde encuentra su experiencia. No decir a veces resulta la manera más óptima de revelar lo oculto, atributo exclusivo del género del cuento.

Una idea que tanto Jorge Luis Borges como Ricardo Piglia han desarrollado en varios escritos acerca del género del cuento, es que lo oculto que se revela a través de la alusión en realidad se trata de una segunda historia, desarrollada en los intersticios de la primera, la que se cuenta con palabras. Veamos un ejemplo de cómo está operando esta segunda historia en “Lazos de sangre”, bajo la organización de algunas unidades de sentido o nudos: en primera instancia, conocemos muy poco de los personajes o actuantes si no es a través de sus acciones. Como ya dije, no creopertinente saturarlos de descripciones o dotarlos de psicología que no corresponda a las necesidades del texto, sus actos bastarán para acreditar su recepción en el lector. Ejemplo de ello es cuando un hombre (Oziel padre) mantiene relaciones sexuales por primera vez con su nuera; la mención de la sangre es un símbolo que abunda en el texto, en este primer caso, sugiere la creencia de que siempre brotará sangre después del coito primerizode una mujer (Indira)²⁵. El acto es alegórico, porque ya no sólo corresponde a una relación sexual como tal, sino a una infidelidad que afectará a un tercer personaje (Oziel hijo), quien a su vez realizará el acto final que dota de significación al cuento. Por otro lado, está Oziel padre afilando sus cuchillos sin probarles el filo, acción que también repercutirá a la hora de realizar su trabajo. La primera historia genera una escisión, para distraernos con una anécdota que oculta la segunda historia²⁶, es

decir, oculta su significado para tensar la situación. Sólo cuando el hijo es consciente de la traición por parte de ambos seres amados, es que la segunda historia comienza a operar, usando como distractor otro elemento alegórico, el matadero, donde trabaja su padre. Así, la desaparición de los dos personajes secundarios del foco de la historia (Oziel hijo e Indira) no parece extraña. Esa historia oculta, de la cual no sabemos nada pero que se gesta fuera de la instancia narrativa, es sugerida con la mala racha del protagonista (Oziel padre), la repulsión que provoca por medio de sus acciones, la decadencia en su trabajo, su fracaso como individuo al no soportar seguir matando animales con cuchillos que no tenían filo desde un principio. El final abrupto, como consecuencia de las acciones empeoradas desde la infidelidad entre suegro y nuera, donde el cruce de la segunda historia salta a la luz con una noticia en el periódico, así, de forma sutil.

P.D. Concluyo que la alusión y el silencio utilizados como medios para alcanzar el significado son viables, pues ayudan a la construcción de esa segunda historia que significa a la primera. Piglia aseguraría, en sus “Tesis sobre el cuento”, que “la historia secreta se construye con lo no dicho, con el sobreentendido y la alusión [...] El cuento se construye para hacer aparecer artificialmente algo que estaba oculto”²⁷, y eso que permanece oculto no es sino un significado universal, un arquetipo, una situación en la que cualquiera podría caer. Julio Cortázar también asegura que “Un cuento es significativo cuando quiebra sus propios límites con esa explosión de energía espiritual que ilumina bruscamente algo que va mucho más allá de la pequeña y a veces miserable anécdota que se cuenta”²⁸.

Muchos cuentos que presento en este libro, no sólo “Lazos de sangre”, trabajan en este sentido, por lo que parecieran ser demasiado sugerentes, estar inacabados o con falta de malabarismos técnicos. Por ahora creo que lo anteriormente expuesto bastará para demostrar, con la funcionalidad de dos historias desplegando un mismo discurso narrativo,

que mis relatos poseen algunos formalismos técnicos, inevitables, así prefiero llamarlos, pues uno sólo escribe historias que sean verosímiles y logren conmover al lector tanto como a al autor a la hora de escribirlas.

Saludos cordiales.

Zona oriente de la ciudad de México

Sería bueno resaltar otra vez el manejo de índices, también identificados como indicios, como Humberto Eco y algunos otros estructuralistas nombraron a esas funciones presentes en todos los cuentos, no sólo en este libro, sino en general. ¿De qué forma el grado de información dada al lector influye en la impresión que provocan? ¿Cómo se construye el interior de una anécdota para que atrape al lector sin dejarlo descansar? Helena Beristáin, de modo similar a estos teóricos estructuralistas, Todorov, Greimas y Genette, cataloga las informaciones como una organización discursiva que emparenta la realidad perceptible: “revelan rasgos físicos o psicológicos, ya sea integrados a los verbos discursivos, en las descripciones, ya sean integrados a los verbos de acción en los modos de lo real y patentizadas mediante acciones [...] ofrecen al lector la ilusión de verdad, que le permiten evocar seres, espacios, objetos, etc., posibles”²⁹. Como he venido diciendo, no necesito sobrecargar mis relatos de descripciones evidentes que no tienen nada que ver con la acción, antes de eso, los silencios o índices sugeridos, potencian el carácter dramático de cada pieza.

Los significados, esas unidades de sentido encadenadas por el discurso a través de símbolos, “requieren de cierta presteza interpretativa posterior a su identificación”, como dice Lilia Leticia García Peña en su libro *Nociones esenciales para el análisis de los símbolos en los textos literarios*³⁰. Si un símbolo no se repite constantemente a lo largo de la pieza, es muy probable que salga de foco y termine pasando desapercibido, sin un significado aparente, no le dará al lector la información necesaria para experimentar una impresión. Por ejemplo, elemento anafórico que permea el cuento “Cruzando los umbrales”, donde la presentación de un objeto como las botellas de licor,³¹ genera un enlace

que —por medio de un narrador en tercera persona, para lograr más distancia a la hora de focalizar los índices— a lo largo del texto³² funcionan como una reiteración no aislada del sentido de unidad, para que al último, casi al final del relato³³, acentúen más aún el efecto de impresión cuando éstas desaparecen sin dejar rastro, no de manera gratuita, porque el narrador había focalizado una desaparición semejante antes, cuando un vaso de vidrio se rompe, avisando de manera sutil un suceso anormal que anticipa la naturaleza del ambiente³⁴. Recordemos lo que Piglia y Flannery O'Connor proponen a través de sus tesis cuando aseguran que ningún final es percibido como tal sino hay detrás de él, desde el principio, un hilo conductor hacia el sentido de la revelación. Lo que podría insinuar que un cuento primero se piensa desde el final, como una meta, un punto certero a dónde llegar, construyendo un discurso. El narrador tácito dentro los cuentos debe eslabonar una por una las unidades de sentido, las pausas, el acelere, las descripciones, los guiños intertextuales, sin perder de cuenta la brevedad con la que labora el cuento.

La historia, ya sea valiéndose de una imagen poética o un suceso imperecedero que el autor desea escribir, sólo es posible al emular una voz subjetiva que cuente la historia desde adentro. No es fácil encontrar una voz que cuente nuestras historias tal y como las concebimos en la mente, creo que todo escritor de cuentos se enfrenta a este dilema, que por fortuna, se va resolviendo sólo de una manera: escribiendo, manteniendo en mira el final, pero aventurándose a no saber qué acontecerá para llegar a él; lo mismo sucede con el lector a la hora de enfrentarse al texto terminado. Las peripecias por las que pasa el personaje son experimentadas con la misma intensidad con las que el narrador con mirada subjetiva va afiliando al discurso.

En la carta anterior, me decías que en el cuento de “La testigo”, cuando la Nena descubre la infidelidad de su madre, esperabas, como lectora, que dicha información fuera

determinante a la hora de concluir el relato. Lo escribí pensando que la infidelidad se volviera alegórica —es, digamos, un indicio presente que despista al lector, pero también bajo advertencia, dispone la información necesaria para volver ese cuento que pasa de lo más común a lo paranormal, casi imperceptiblemente. Esto sería imposible sin la información dada al lector a tiempo y el grado en que el narrador está compenetrado con la historia que él mismo cuenta, evocándola como un recuerdo, un suceso incomprensible debido a la lejanía. La mirada de este narrador es subjetiva, logra que cualquiera se haga una interpretación de lo relatado, pero a la vez impone una realidad trastocada. Por un lado hay omisión informativa y por el otro una tendencia a repetir índices. Lauro Zavala afirma que “la primera historia que se cuenta puede ser convencional, pero la segunda adopta un carácter alegórico, o bien puede consistir en un género distinto al narrativo, o no surgir nunca a la superficie del texto”³⁵. La forma del cuento exige un final como ese, donde un mismo diálogo reincida (por parte de la madre, quien realiza la acción alegórica, engañando a su esposo con un fantasma) para abrir y cerrar esa dimensión paranormal respaldada por los actos del protagonista. Si le estaba prohibido a la niña esconderse en la casa, como una regla fundamental del juego de escondidillas³⁶ y lo hace, el carácter dramático del cuento gira hacia una especie de sanción. Peor aún, cuando la niña decide esconderse en una habitación en especial³⁷; de no romper con las normas de la cotidianidad, el cuento no se particularizaría. La forma en que el narrador teje su discurso, valiéndose de pequeñas unidades de sentido, ya sea categorizando, describiendo, conjugando los verbos con cierta disposición a convertirse en acciones, logra empatar un mundo como el nuestro, a la manera que deduce David Roas, cuando afirma que todo cuento fantástico, inscrito en los estrados de lo insólito, necesita forzosamente primero referir una realidad no tan alejada de

la común y corriente, para que a la hora en que el suceso insólito suceda, cambié la perspectiva de ese mundo emulado.

Excelente fin de semana.

Sé que habíamos acordado pausar la revisión del cuentario durante el periodo vacacional, lamento mucho si parezco ansioso de apurar esta entrega, intuyendo que estarás ocupada en otras actividades. Por mi parte, fue imposible dejar de escribir. El ejercicio ontológico de la escritura no siempre contempla periodos vacacionales o días asueto, tú lo sabes mejor que nadie, Pilar. Cuando menos me di cuenta, ya estaba de nuevo sobre mis notas, ensayando esta misiva que ojalá logre resolver tus preguntas acerca del intertexto, o como lo intuyó Bajtín sin idear una hipótesis certera: *discurso ajenoinscrito en el propio*³⁸. Presentaré, pues, una serie de referencias que organizan la anunciación del discurso narrativo, para probar que nada de lo que pretendiera ser original, inocente, lo es en este libro de cuentos, pues sus piezas creativas deben bastante a todas las lecturas que en el periodo de cuatro años he realizado. El genio no es gratuito. Nadie cuenta con las palabras necesarias si no lee a otros autores. Los cuentos que presento quizá ya fueron escritos bajo otras normas, mejor logrados, más estremecedores, menos planeados y con una profundidad atrayente. No sostengo aquí mi propio estilo sino el del libro en sí mismo, como un narrador dentro de sí, que dicta, al final de numerosas correcciones y vueltas a empezar, su propia forma de ser leído.

Consciente de la intertextualidad que cualquier cuento conlleva, si todo ya está dicho en términos generales en la literatura, me enfocaré en las piezas menos comentadas hasta ahora, debido, en parte, a que fueron las últimas en ser anexadas al cuentario. Alguna vez te comenté que carecían de títulos; ahora los conozco y no me defraudan.

“Los días sin tumba” es una pieza a la cual se le podría catalogar como plagio, con grandes marcas intertextuales, no sólo haciéndole guiños al lector académico, sino también a quienes están familiarizados con en el ámbito callejero. Escribir pastiche es una forma también de reír con la literatura. Destensar las formalidades para disponer de la soltura discursiva del otro. Por lo que me pareció excelente la idea de situar “Los días sin tumba” al final del libro, como fue concebido, porque es el más híbrido, ya sea analizado desde su estructura, hasta el argumento que plantea, a veces denota ser un ensayo, ser un diario, ser un cuento, ser un texto de otros textos, donde el autor trabaja con técnicas que van desde el *copy-paste*, hasta evocaciones de algunas conversaciones con escritores que conocieron la vida real de esos personajes parodiados. Por un lado, “plagio” el registro de Octavio Paz, creándole un diario ficticio; otra ucronía, como sucede en el cuento titulado “Pan francés”. Muchas de esas frases reflexivas de la escritura dentro de la escritura son extraídas de las cartas de Octavio Paz a Efraín Huerta, a Alfonso Reyes, ensayos y libros bibliográficos que abordan su persona o las revistas que él mismo dirigió. La narración se apropia de esos datos, registra sólo los detalles que le brindan una lucidez a la anécdota. Con esto se propone una forma distinta de leer al autor plagiado. De igual manera, este relato representa otra escritura en el tiempo diegético de la obra de Roberto Bolaño, *Los detectives salvajes*, por lo que se vuelve un cuento con dos referencias antagónicas que coexisten en una misma ucronía. El cuento maniobra algo así como una correspondencia entre tradición y ruptura, un diálogo literario entre generaciones.

Por otro lado, está el cuento “Al interior del chubasco”, que si bien no fue elaborado con un planteamiento intertextual literario —al cual sólo escritores o lectores avezados pueden acceder— sí posee una raíz folclórica, una anécdota que muchos de los abuelos y gente del campo suelen contar acerca de las bolas de fuego. No hay manera de

que una obra no evoque a otra a lo largo del tiempo, a los folcloristas les toca esta tarea: ubicar y contextualizar las leyendas populares, analizando cómo se actualizan, cómo son contadas hoy en día. El arquetipo sigue siendo el mismo con diferentes formas de ser narrado, la mayoría de los mexicanos habrán oído historias acerca de las llamadas brujas. “Al interior del chubasco”, como relato, propone la noción de contar su propia historia para dejarla registrada en el lenguaje escrito, utilizando elementos primarios del relato oral: las bolas de fuego.

Para los casos de estos dos cuentos, parece pertinente la siguiente noción extraída del diccionario de Elena Beristáin, cuando dice que “un elemento intertextual siempre es connotativo (reestablece significados). Al ser tomado del texto original (o la leyenda popular) se descontextualiza; al entrar en el nuevo texto (cualquiera de estos dos cuentos antes mencionados) se recontextualiza y se transforma, agrega a su significado literal un significado que proviene de su procedencia, por lo que crea un efecto de novedad aunque, por otra parte, al ser absorbido por el nuevo contexto, sufre una transformación, ya no es el mismo”³⁹.

P. D. Gracias al intertexto podemos inferir que estos cuentos fueron escritos para reestablecer una comunicación con el otro ya no sólo de manera ética, sino también estética, pues cuentan con el pleno conocimiento de la tradición que imitan o transgreden. El uso de estos detonantes como motivadores de cuentos resultan ser más claros entre más influencias uno tiene en mente a la hora de escribir.

Buena suerte. Hasta la próxima.

Hace ya un largo tiempo que no nos hemos comunicado, Pilar. Ya fuera debido a nuestras tareas cotidianas o a mi ausencia en casi todas partes. Hoy no queda más que concluir con estas epístolas, que podrían extenderse en contra de lo estipulado para un trabajo de titulación a nivel licenciatura. Es común que, sobre todo en fechas decembrinas, me asalten reflexiones, observando cuánto he recorrido para concluir de nuevo, concluir mil veces, el mismo cuento.

Tarde o temprano el escritor sabe que va a escribir para desapropiarse de su obra. Nada nos pertenece, sólo la satisfacción de haber organizado un buen trabajo, de haber conseguido escribir un libro con los elementos necesarios para plantearlo como una pieza artística, que de igual grado mantenga una postura ética frente a su contexto. Se hace lo posible para que el libro viva por sí solo. De treinta cuentos bien o mal escritos en clases, estos diez presentan unidad en cuanto al tema, noción del género donde el mejor desempeño lo realiza el artificio, la facilidad de crear atmósferas y situaciones que mantienen al lector atento, para que así experimente el drama del mundo en un pequeño lapso de su vida.

Llegó el momento de la despedida, Pilar, quizá no como en el concepto que se tiene de una carta, no sin antes, atar algunos cabos sueltos, con respecto a la última misiva que me enviaste.

Tocante a la propuesta de poner una dedicatoria al principio del cuento “Pan francés”, me veo inclinado a rechazarla. Cualquier persona, capaz de leer el cuento, debe sentir empatía por el protagonista y comprender su historia desde el ángulo de la trasgresión. Como ejercicio intertextual, “Pan francés” no debería ser ajeno al público que

lo lee, con el argumento de la historia bien definido: un escritor roba un banco por necesidad y escapa, paradójicamente, dejando a su familia por la que comete el acto. Si una de las herramientas con las que trabajo este libro es precisamente el silencio o la aplicación de índices sugeridos, no veo la necesidad de una dedicatoria o *in memoriam*, que considere aquellos lectores que conocen la vida de O. Henry por encima del lector ordinario, que sin saber quién es este escritor debe lograr simpatizar con él, o bueno, con el personaje que es su parodia, sintiéndose casi su cómplice. Sería bueno apuntar que la historia real, los datos duros de la bibliografía de O. Henry, nunca hacen mención a si el escritor robó ese banco en realidad, muchos lo glorifican como un santo de las letras norteamericanas, incapaz de haberlo hecho; pero es precisamente ahí donde “Pan francés” remarca lo que pudo haber pasado, aterrizando la figura del escritor a un plano más humano, filosófico.

Creo que por ahora ha sido todo, Pilar. Me ha dado un gusto enorme poder colaborar contigo en este proyecto de titulación, que también es un libro, el cual, con sus errores ya de por sí incorregibles, sin tu constancia y asesorías; las recomendaciones de todos los lectores, tanto académicos como juglares, el apoyo anímico e incondicional de mi familia, aunque muy poco supieran de lo que tanto escribía frente a sus narices; las largas noches de tragos con los amigos, hablando hasta callados de literatura y aspiraciones; sin nadie de ustedes me hubiera sido imposible lograr este libro de cuentos. Una vez reconociendo el compromiso social que tengo al escribir historias, me despido con esta reflexión extraída de la película de WinnWenderstitulada (en español) “Las alas del deseo”, que dice más o menos así: “pero el cuento aún surge desde las profundidades y la boca entreabierta lo repite con la misma claridad y fuerza; una liturgia donde nadie necesita iniciación para componer las palabras y las oraciones”. El cuentista siempre relata el mismo cuento, el cuento de la humanidad entera.

Abrazos orbitales.

Referencias

-
- ¹Aristóteles,*Poética*, p. 407.
- ²Omar Nieto, *Teoría general de lo fantástico*, p.124
- ³Lauro Zavala,*Teorías del cuento II. La escritura del cuento*, pg.70.
- ⁴TzvetanTodorov,*Teoría de la literatura de los formalistas rusos*, p. 56.
- ⁵Zavala, Lauro, Op. cit., p. 180.
- ⁶Piglia, Ricardo. *Formas breves*, p. 107-108.
- ⁷Véase: *El miedo universal*, p.50.
- ⁸Véase: *El miedo universal*, p. 51.
- ⁹Véase: *El miedo universal*, p. 52.
- ¹⁰Véase: *El miedo universal*, p. 43.
- ¹¹Véase: *El miedo universal*, p. 44.
- ¹²Véase: “Flor de barrio”, p. 14, donde el protagonista comparte la habitación de un hospital con un dializado. Suceso escrito antes de ser vivido en carne propia.
- ¹³Debido a la extensión del trabajo, que no pude rebasar de las 120 cuartillas, no se incluyen laspreguntas enviadas por la Directora del proyecto. Será a través de las respuestas del alumno que el tema a tratar irá exponiéndose en cada carta.
- ¹⁴Véase: *El miedo universal*, p. 06.
- ¹⁵ RicardoPiglia, Op. cit., p.127.
- ¹⁶Aristóteles, Op. cit., p. 408.
- ¹⁷Beristáin, Helena. *Diccionario de retórica y poética*, p. 134.
- ¹⁸Edgar Allan Poe,*Review of twice told*, s/p.
- ¹⁹Lauro Zavala, *Teorías del cuento I. Teorías de los cuentistas*, p. 309.
- ²⁰Lauro Zavala, Op. cit., p. 104.
- ²¹Juan Luis Onieva Morales, *Introducción a los géneros literarios*, s/p.
- ²²TzvetanTodorov, Op. cit., p. 55.
- ²³ Lauro Zavala, Op. cit., p. 25.
- ²⁴CynthiaPech y VivianRomeau, *Lo comunicativo, lo artístico y lo estético*, p.20-21.
- ²⁵Véase: *El miedo universal*, p. 06.
- ²⁶Véase: *El miedo universal*, p. 08.
- ²⁷Ricardo Piglia, Op. cit., p 107.
- ²⁸Lauro Zavala, Op. cit., p. 310.
- ²⁹HelenaBeristáin, Op. cit., p. 229.
- ³⁰Lilia Leticia García Peña en su libro *Nociones esenciales para el análisis de los símbolos en los textos literarios*, s/p.
- ³¹Véase: *El miedo universal*, p. 34.
- ³²Véase: *El miedo universal*, p. 35 y 36.
- ³³Véase: *El miedo universal*, p. 39.
- ³⁴Véase: *El miedo universal*, p. 33.
- ³⁵Lauro Zavala, *Un modelo para el estudio del cuento*, p. 28.
- ³⁶Véase: *El miedo universal*, p. 03.
- ³⁷Véase: *El miedo universal*, p. 4.
- ³⁸Helena Beristáin,Op. cit., p. 270.
- ³⁹Helena Beristáin,Op. cit., p. 270.

Bibliografía citada

- ARISTÓTELES, *Poética*, Madrid, Gredos y RBA Coleccionables, S.A., 2011.
- BARTHES, Roland. *Introducción al análisis estructural de los relatos*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1977.
- BERINSTÁIN, Helena. *Análisis estructural del relato literario*, México, UNAM, 1982.
- _____, *Diccionario de retórica y poética*, México, Porrúa, 2001.
- BEUCHOT, Mauricio, *Hermenéutica, analogía y símbolo*, México, Herder, 2004.
- DURAND, Gilbert, *De la mitocrítica al mitoanálisis. Figuras míticas y aspectos de la obra*, Barcelona, Antrophos, 1993.
- ECO, Umberto y Vaisse de Dossier, Ana Nicole, *Análisis estructural del relato*, México, ediciones Coyoacán, 2002.
- GARCÍA PEÑA, Lilia Leticia, “Nociones simbólicas para el análisis de símbolos en los textos literarios”, [artículo en línea], *452°F. Revista electrónica de teoría de la literatura y literatura comparada*, 6, 2012:124-138, [Fecha de consulta: 21/03/17].
- HORACIO, *Arte poética y otros poemas*, Bogotá, Instituto caro y cuervo, Serie: la granada entreabierta IV, 1974.
- LÁZARO CARRETER, Fernando y Correa Calderón, Evaristo, *Cómo se comenta un texto literario*, Madrid, Cátedra, 1975.
- NIETO, Omar, *Teoría general de lo fantástico: del fantástico clásico al posmoderno*, México, UACM, 2015.
- ONIEVA MORALES, Juan Luis, *Introducción a los géneros literarios, a través del comentario de textos*, Barcelona, Playor, 1992.
- PECH, Cynthia y Romeau, Vivian, *Lo comunicativo, lo artístico y lo estético*, México, UACM, Cuadernos de Comunicación y Cultura, No. 07, 2017.
- PIGLIA, Ricardo, *Formas breves*, Barcelona, Editorial Anagrama, S.A., 2000.
- PLATÓN, *Diálogos*, Madrid, Gredos / RBA, 2010.

RIVERA GARZA, Cristina, *Los muertos indóciles. Necroescrituras y desappropriación*, México, Tusquets, 2003.

SCRIMIEMI MARTÍN, Rosario, “Los mitos y Jung”, [artículo en línea] *Amaltea: revista de mitocrítica*, no. 0, 2008: 87-112, [Fecha de consulta: 21/03/17].

TODOROV, Tzvetan. *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*, México, Siglo XXI, 1978.

TORNERO, Angélica. *El personaje literario: historia y borradura. Consideraciones teórico-metodológicas para el estudio de la identidad de los personajes en las obras literarias*, México, Porrúa, 2011.

ZAVALA, Lauro. *Teorías del cuento I. Teorías de los cuentistas*, México, UNAM, 2013.

_____, *Teorías del cuento II. La escritura del cuento*, México, UNAM, 2013.

_____, “Un modelo para el estudio del cuento”, *Revista Tiempo/Laberinto*. [Fecha de consulta: 24/11/17].

Bibliografía consultada

- ALATORRE, Antonio. *Los 1,001 años de la lengua española*, México, FCE, 1991.
- AMBROSE, Bierce. *Cuentos de soldados y civiles*, México, Milenio /Bibliotext, 1998.
- ANÓNIMO. *Las mil y una noches*, México, Porrúa, 2000.
- ARISTÓTELES. *Poética*, Barcelona, Gredos / RBA, 2014.
- _____, *Retórica*, Barcelona, Gredos / RBA, 2014.
- ARREOLA, Juan José. *Confabulario*, México, Fondo de Cultura Económica, 2007.
- ARLT, Roberto. *El jorobadito y otros cuentos*, Argentina, Losada, 2006.
- AZUELA, Mariano, *Páginas escogidas*, México, UNAM, 1993.
- BENÍTEZ, Fernando. *Los hongos alucinantes*, México, Ediciones Era, 2005.
- BENÍTEZ CORONA, Víctor Alfonso, *El curanderismo onírico del cerro Popocatepetl*, Perú, Universidad Señor de Sipán, 2013.
- BOLAÑO, Roberto. *Putas asesinas*, Barcelona, Anagrama, 2001.
- _____. *Los detectives salvajes*, Barcelona, Anagrama, 2006.
- _____. *Muchachos desnudos bajo el arcoíris de fuego*, México, Extemporáneos, 1979.
- BORGES, Jorge Luis. *Ficciones*, Madrid, Alianza, 2006.
- _____. *Libro de sueños*, España, Ediciones Pinguino, 2013.
- CAPOTE, Truman, *Música para camaleones*, Barcelona, Anagrama, 2006.
- CASARES, Adolfo Bioy; Borges, Jorge Luis; Ocampo, Silvina. *Antología de la literatura fantástica*, México, RandomHouseMondadori, 2012.

-
- CASTILLO, Ricardo, *Como agua al regresar*, México, Penélope, 1982.
- CHEJOV, Antón. *Cuentos escogidos*, México, Porrúa, 2006.
- CORTÁZAR, Julio. *El final del juego*, México, Punto de lectura, 2014.
- _____. *La isla al mediodía y otros relatos*, Barcelona, Salvat S. A., 1971.
- _____. *Todos los fuegos, el fuego*, México, Punto de lectura, 2012.
- DALTON, Roque. *Las historias prohibidas del pulgarcito*, México, Siglo XXI, 2000.
- DE SAMOSATA, Luciano. *Novelas cortas y cuentos dialogados*, México, Jus, 1966.
- DOSTOIEVSKI, Fiodor M. *Los hermanos Karamásov*, Madrid, Cátedra, 2006.
- ESQUILO, *Tragedias*, México, SEP / UNAM, 1998.
- ESCAJADILLO, Tomas G. *Antología del cuento norteamericano*, México, Escorpio S. A., 1969.
- GARCÍA SALDAÑA, Parménides. *El rey criollo*, México, Joaquín Mortiz, 2007.
- GUTIÉRREZ Nájera, Manuel, *Cuentos, crónicas y ensayos*, México, UNAM, 1992.
- HENESTROSA, Andrés, *Los hombres que dispersó la danza*, México / SEP, 1987.
- JOYCE, James. *Dublineses*, Madrid, Alianza, 2011.
- J. WEITLANER, Roberto, *Relatos, mitos y leyendas de la Chinantla*, México, INI, 1993.
- KAFKA, Franz. *Cuentos completos*, Madrid, Valdemar, 2001.
- LAGERKVIST, Pär. *Barrabás y otros relatos*, Barcelona, Orbis, 1979.
- LAMBORGHINI, Oswaldo. *Novelas y cuentos*, Argentina, Ed. Sudamericana, 2003.
- LIZALDE, Eduardo. *Manual de flora fantástica*, México, Cal y arena, 1997.

LOVECRAFT, H. P. *La habitación cerrada y otros cuentos de terror*, España, Alianza, 2005.

MARTÍNEZ Ocaranza, Ramón. *Poesía reunida: 1941-1968*, México, Secretaría de Cultura de Michoacán, 2009.

MAUPASSANT, Guy. *Bola de sebo y otros cuentos*, México, RandomHouseMondadori, 2008.

MÉNDEZ Estrada, Ramón. *Tzitzilini y otras lecciones del lado moridor*, México, Secretaria de Cultura de Michoacán, 2008.

MEZA, Arturo. *Ansina como endenantes*, México, Oficio, 1993.

MONSIVÁIS, Carlos. *Adonde yo soy tú somos nosotros. Octavio paz, crónica de vida y obra*, México, Rayana en el agua, 2000.

PAPASQUIARO, Mario Santiago. *Jeta de santo: (antología poética, 1974-1997)*, México, FCE, 2008.

PARRA, Eduardo Antonio. *Norte, una antología*, México, Era/ Fondo Editorial de Nuevo León/ Universidad Autónoma de Sinaloa, 2015.

PAZ, Octavio. *El laberinto de la soledad, Posdata*, México, FCE, 2004.

PIGLIA, Ricardo. *La invasión*, Buenos Aires, Editorial J. Álvarez, 1967.

PLANS, Juan José. *Antología: los mejores relatos fantasmagóricos*, Madrid, Alfaguara, 2005.

REVUELTAS, José. *Dormir en tierra*, México, Ediciones Era, 1971.

ROA Bastos, Augusto, *El trueno entre las hojas*, Buenos Aires, Losada, 1968.

RULFO, Juan. *El llano en llamas*, México, RM, 2005.

SAKI. *Cuentos de humor negro*, Barcelona, Fontamara, 2002.

SHOLOJOV, Mijail. *Cuentos del Don*, Barcelona, Alianza, 1973.

STANTON, Anthony. *Correspondencia: Alfonso Reyes / Octavio Paz (1939-1959)*, México, FCE, FOP, 1998.

TARIO, Francisco. *Cuentos completos I*, México, Ed. Lectorum, 2003.

_____, *Cuentos completos II*, México, Ed. Lectorum, 2003.

TORRI, Julio. *De fusilamientos y otras narraciones*, México, FCE / SEP, 1984.

VALADÉS, Edmundo. *El libro de la imaginación*, México, Fondo de Cultura Económica, 2012. VIAN, Boris, *El lobo-hombre*, México, Tusquets, 2009.

VON SCHIRACH, Ferdinand, *Crímenes*, Barcelona, Salamandra, 2011.

WALSH, Rodolfo. *Los oficios terrestres*, Buenos Aires, Editorial J. Álvarez, 1966.

WEY, Valquiria. *Cuento brasileño posmoderno, antología general*, México, SEP / UNAM, 1983.

YOURCENAR, Marguerite. *Cuentos orientales*, México, Punto de lectura, 2013.

ZAVALA, Lauro. *Relatos mexicanos posmodernos: antología de prosa ultracorta, híbrida y lúdica*, México, Alfaguara, 2001.

ZULUAGA, Conrado, *Cuentos latinoamericanos, antología*, México, Alfaguara, 1999.